NOSOTROS

ALEJANDRO SAWA

A propósito de "Iluminaciones en la Sombra"

I

Leyendo las memorias llenas de lamentaciones y añoranzas que el gran escritor bohemio titulara «Iluminaciones en la Sombra», como queriendo significar que esos desahogos de su alma encendían alguna luz en la miseria cruel de sus tinieblas, un triste sentimiento me obsede. Es que como bellamente lo expresa Manuel Machado en el Epitafio que cual sobre una lápida ha inscripto piadosamente en una de las primeras páginas del póstumo libro:

Jamás un hombre nacido
Para el placer, fué al dolor
Más derecho.
Jamás ninguno ha caído
Con facha de vencedor
Tan deshecho.

Y es que él se daba á perder
Como muchos á ganar
Y su vida,
Por la falta de querer
Y sobra de regalar
Fué perdida....

Y se piensa entonces con amargura en todo lo que hubiera podido ser y no fué, en todo lo que hubiera podido hacer y no hizo, este magnífico príncipe de ensueños, caudaloso de talento, soberbio de talla y de rostro, si la vida no le hubiera sido tan inhospitalaria y hostil; si la naturaleza no le hubiera restado ese poco de voluntad y de perseverancia en la obra, que faltó á su personalidad para enseñorearse en el mundo y perdurar tras la muerte muy más gloriosamente que ahora.

Pobre Alejandro Sawa! Amigo y compañero del Pauvre Lelian, fué como él desdichado y trájico. Ignoro si nació también bajo el signo fatal de Saturno. Pero el poeta de *Sagesse*, tuvo en medio de sus caídas y de sus arrastres, apesar de su hospital y de su taberna, constancia y laboriosidad bastante para dejar obras que no perecen, y tejerse con ellas esa aureola de inmortalidad que circunda hoy la figura del más humano y divino de los bardos modernos, en tanto que tú, soñador incurable, dilapidaste tu genio en polémicas de cenáculo y en *causeries* de tertulias vanas, ó absorbido en visiones de grandeza sin traducirlas en acción, dejaste volar las horas. Y al despertar era ya tarde Tus ojos habían cegado «mirando fijamente al infinito», tu alma claudicante y desfallecida sólo podía contemplar el pasado; las gallardías majestuosas de otrora habían desaparecido. Eras triste, eras viejo, eras pobre y ciego. Conociste entonces la aflicción de no poder leer ni escribir y te viste precisado á dictar tu pensamiento como Milton. También tú dictabas las palabras de un *Paraíso Perdido:* el paraíso lejano de tus quimeras de antaño, cuando joven, robusto y viril como el bíblico Adán, tu melena absalónica era ajitada por brisas primaverales y tus ojos miraban en torno con expresión dominadora y triunfal!

El ensueño constante y exclusivo es una enfermedad terriblemente traidora en esta era de civilización yankee y de premura utilitaria. Es forzoso no absorberse por completo en las alturas ideales, volverse hácia la tierra y tomar parte en la fatal *struggle for life*, bajo pena de quedar rezagado con una carga de ilusiones muertas, en la desolación de la miseria y el olvido.

Esto lo comprendió muy tarde el errático peregrino que en la primera hoja de su dietario escribe:

«Quizás sea tarde para lo que me propongo: quiero dar batalla á la vida. Como todos los desastres de mi existencia me parecen originados por una falta de orientación y por un colapso constante de la voluntad, quiero rectificar

ambas desgracias para tener mi puesto al sol como los demás hombres. Quizá lo segundo sea más fácil de remediar que lo primero: hay indiscutiblemente una higiene como hay también una terapéutica para la voluntad; se curan los desmayos del querer y se aumentan las dimensiones de la voluntad como se acrecen las proporciones del músculo, con el ejercicio, por medio de una trabazón de ejercicios razonados y armónicos. Pero para orientarse... Porque en primer término, donde está mi Oriente?»

Ah! no lo supo nunca. Vivió siempre así, desorbitado y sin rumbo, engañándose en el quimérico mundo que se forjaba con sus propias ilusorias representaciones y chocando á cada paso duramente con la realidad. Barca fuerte y bella, que hubiera sido capaz de gloriosa travesía, falta de gobernalle y de brújula fué tan solo juguete de la ola caprichosa y del viento voluble. Sawa poseía un precioso talento pero como sucede á menudo con estos desordenados geniales, las más bellas flores de su espíritu malográronse en frases de ocasión y en conversaciones efímeras.

Escribió sin embargo algunas novelas: *Noche, Crímen Legal, Declaración de un Vencido* y *La mujer de todo el mundo;* mas aunque en tales obras se revele en cierto modo la superioridad mental del autor, no son ellas con todo, puntales de inmortalidad. La gran *obra,* que hubiera podido hacer sin duda, no la escribió este gran señor imprevisor y pródigo, que vaciaba á cada paso con gesto espléndido la escarcela de su talento en galas y alardes verbales que el viento se lleva, en vez de atesorar en el libro perdurable, con tesón y sin desaliento, el fino oro de su mente excepcional y privilegiada.

Rubén Darío nos habla de Sawa con ternura fraternal, en el prólogo que á ruego de la viuda de éste, escribiera para el libro póstumo á que me refiero. Rubén Darío nos lo presenta en sus momentos de esplendor mundano, cuando el amor le sonreía y el porvenir no le inquietaba. Fué entonces compañero de toda la pléyade hoy ilustre de modernos escritores y poetas franceses. Y su olímpica cabeza de dios joven, su andar majestuoso y señorial, sus pipas, sus perros, sus sombreros, las leyendas que inevitablemente creáranse á su alrededor, su palabra brillante y seductora, sus gestos elegantes, no exentos de cierta afectación teatral y sus éxitos con las mujeres, hacían que su figura cobrara un prestigio extraordinario y conquistábanle un puesto preferente en toda agrupación literaria ó artística.

Sawa conoció entonces el amor de damas linajudas y aristocráticas y fué en un tiempo, según afirma Darío, el amante de una marquesa *auténtica*. Con que punzante amargura volverían á la memoria del pobre bohemio, ya ciego y vencido, los recuerdos de la pasada grandeza, de los rostros amados en horas de locura y de vida mundana y sentimental!

Hubiera talvez podido asegurarse una existencia holgada y dichosa pero no supo aprovechar el buen tiempo:

«Vino el duende que era embajador de la dicha. Yo estaba ocupado en socas inútiles, pero que me placían momentáneamente. — Ven luego — le dije. Y mi vida, desde entonces, ha transcurrido aguardando desesperadamente al emisario que no se ha vuelto á presentar jamás!»

Así la absorción en pequeñas delectaciones infructuosas, inutilizó su existencia y solo al último advirtió lo vano de tantas cosas fugazmente delicadas y bellas. El arrepentimiento arráncale entonces esa lamentación que trae á la memoria la amarga elejía de Arthur Rimbaud:

Par délicatesse
J'ai perdu ma vie.....

En el tierno recuerdo que consagra al brillante y malogrado Jules Tellier, (ese otro Imbert Galloix de la historia literaria), refiérese Anatole France (1) á este mal de ciertas almas superiores. Pláceme reproducir aquí las palabras del maestro, porque ellas se aplican con perfecta exactitud al autor de «Iluminaciones en la Sombra»: «Il est en proie à cette tristesse noire, rançon des âmes exquises. Son mal, il est facile de le reconnaître tout de suite, c'est le mal des chimères... Au sortir de ces banquets de savoir et de la beauté, quand tombent les couronnes imaginaires, on s'aperçoit que la réalité est étroite et triste. On souffre plus que de raison de la médiocrité des hommes et de la monotonie des choses. On regarde la nature avec des yeux mornes et vides, comme au lendemain de l'ivresse. On ne voit plus la beauté du monde, parce qu'on a épuisé dans le rêve le trésor des illusions, qui est notre meilleure richesse». Sólo que, como agrega el propio France, la vida misma se encarga al fin de curar el mal de las ilusiones. Sawa no se curó nunca ó al menos cuando la vida le despojó de las suyas, no fué

(1) La Vie Litteraire. Quatriéme Série.

para otorgarle en cambio resignación y calma, sino que acosándole con males y desdichas sin cuento, le hizo odiar y dolerse perpetuamente de la realidad de las cosas.

II

Las novelas de Alejandro Sawa pertenecen al más extremo naturalismo. Todas ellas llevan el rótulo de novelas sociales. Son crudamente realistas. El maestro de Medán está allí presente. No obstante, el estilo de Sawa pugna por evadirse del objetivismo, que no era seguramente su facultad mayor, á pesar de estar dotado de un fino don de observación. De aquí un conflicto entre el propósito y su realidad. En consecuencia, dichas novelas no pasan de tentativas mediocres, malgrado la robustez de pensamiento y el grande instinto literario de su autor. Esto demuestra la desorientación á que antes me refería, y que siempre está visible en su vida y en su labor. Sawa, empeñado en hacer novela experimental! Cómo había de conseguirlo él, cuyo temperamento le predisponía muy por el contrario á un arte idealista y subjetivo! A más, obras escritas con apremio y sin meditación previa suficiente, casi improvisadas tal vez en días de necesidad aflictiva, para cedérselas á cualquier editor mediante el sustento de un mes, resiéntense lógicamente en su plan y desarrollo de ese apresuramiento fatal. Sawa encara en ellas brutales problemas de patología social, y desciende hasta el detalle repugnante ó pueril. Fueron, como es natural, bien acojidas por los representantes de la escuela congénere, y algunos adeptos saludaron en el autor á un futuro maestro. Creo, sin embargo, que esa tendencia fué en él una equivocación. Tales obras no agregan nada á su personalidad.

En cambio, este libro póstumo contiene todo el espíritu de Sawa, después de una vida de lucha, de dolor y también de glorias y placeres momentáneos y fugaces, en la que á costa de su sangre y de sus lágrimas, aprendió muchas cosas verdaderas y crueles. En esta obra, con ser ella fragmentaria y deshilvanada, se transparenta mejor la verdadera individualidad del artista bohemio. La sinceridad y vigor que rebosa, unido á lo profundo y hermoso de muchas ideas contenidas en sus páginas, hacen de ella un libro original é interesante en alto grado. La belleza de su prosa, cálida, armoniosa, vibrante, llena de relieve y colorido, rica en imágenes y tropos á menudo atrevidos y sorprendentes, dicen, por lo demás, de eximias cualidades de estilista.

Claro es que esta labor, en razón de su índole y también de sus defectos, no basta á hacer la gloria del literato, pero muestra, eso sí, que en aquel errante romero del ideal, había un cerebral poderoso é intenso, un observador agudo y sutil y un alma noble y selecta, que poseía á más el don de expresarse dentro de las formas elegantes de un arte exquisito y delicado ó bien robusto y pujante, según que las ideas y emociones traducidas en su verbo, fueran suscitadas por motivos suaves y sentimentales ó por el entusiasmo y la pasión avasalladora y dominante. Como Amiel en su *Diario*, él ha dejado en sus memorias la prueba de una aptitud excepcional, por desdicha malograda.

Demás está decir que no es optimismo y alegría lo que puede aguardarse de un alma para quien la vida fué casi siempre una crucifixión. «Iluminaciones en la sombra» es un libro doloroso y á veces ásperamente vengativo.

Es sabido que uno de los rasgos de Sawa más definidos y característicos era la aversión á los españoles sus compatriotas y su amor á la Francia. Es el caso de recordar á Enrique Heine y al poeta de *Childe Harold*.

Es que estos espíritus superiores, profundamente susceptibles y sensitivos, experimentan más tal vez que ningún otro la verdad dolorosa de la frase vulgar: «nadie es profeta en su tierra», y es en ella donde su genio recibe los ataques y heridas más hondas é incurables. Entonces el sufrimiento reconcentrado torna odio, y el espíritu erguido en rebelión, devuelve con flechas de cáustico sarcasmo la hiel que le infiltraron la injusticia y la envidia. La tierra natal es por lo común ingrata con aquellos hijos cuya gloria, sin embargo, reivindica luego para sí orgullosa y envanecida. Edgar Poe era ya célebre en el extranjero, cuando su patria no le ofrecía más que miseria, abandono y obscuridad.

Alejandro Sawa sufrió el desdén, la indiferencia y el olvido de sus compatriotas. Sus artículos no eran admitidos en los diarios madrileños. Y todo porque el artista, en su justa y olímpica indignación contra ciertas medianías encumbradas y ápteros espíritus alzados á eminencias, hiciérales blanco alguna vez de sus candentes apóstrofes.

Abandona entonces la ciudad, para él inhospitalaria y dura, buscando en el París de sus amores, en aquel París que siempre le fué fraternal, marco más grato á sus desplantes y devaneos. Parodiando al lírico germano cuya sátira mordente poseía, hubiera podido decir también: «Yo soy un ruiseñor *español*, que viene á hacer su nido en la peluca de Voltaire».

Como el mismo Heine, tuvo para sus connacionales sangrientas venganzas literarias. En una página del libro que me ocupa, se encuentra esta frase: «Acabo de conocer á un español bien educado. Dios mío! si será cierta la desaparición total de este pueblo!»

Esto no es, desde luego, incompatible con su amor por la tierra y la tradición hispánica. Lo que lamentaba, era precisamente la decadencia que atribuia á algunas clases de su país. Al fin y al cabo ¿qué era él sino un arrogante hidalgo de capa y espada que se había retrasado un tanto en llegar al mundo? Capaz de todas las proezas y de todas las locuras siempre que rindieran culto al bello gesto y dejaran intacto y erguido su penacho, iba por el mundo como el inmortal manchego:

Coronado de áureo yelmo de ilusión.

Nacido en Sevilla, criado en Málaga, llevaba en su alma el germen de tristeza moruna que la vida exacerbó. Diríase, en efecto, que esos pueblos gimen bajo una melancolía ancestral. Las tonterías de M. Prosper Merimée, haciendo del Mediodía de España la cuna de la alegría y el jolgorio, y las descripciones magníficas de colorido pero falsas de Theophile Gautier, ya han sido relegadas á su justo valor. Hoy día sábese la honda tristeza, la pena eterna que arraiga en esas almas andaluzas y que el sol quemante agrava lejos de disipar. Oigamos lo que dice á propósito Rubén Dario (1): «El *cantaor* aeda de estas tierras extrañas, ha recojido el alma triste de la España Mora y la echa por la boca en quejidos, en largos ayes, en lamentos desesperados de pasión. *Más que una pena personal, es una pena nacional* la que estos hombres van gimiendo al son de las histéricas guitarras. Son cosas antiguas, son cosas melodiosas ó furiosas de palacios de árabes... He oído á Juan Breva, el *cantaor* de más renombre, el que acompañó en sus juergas al rey alegre Don Alfonso XII. Juan Breva aulla ó se queja, lobo ó pájaro de amor, dejando entrever todo el pasado de estas regiones asoleadas, toda la morería, toda la inmensa tristeza que hay en la tierra andaluza, tristeza del suelo fatigado de las llamas solares, tristeza de las melancólicas hembras de grandes ojos, tristeza especial de los mismos cantos, pues no se puede escuchar uno que no diga muerte, cuchillada, luto, virgen penosa ó nota

(1) Tierras Solares. La tristeza andaluza.

crepuscular. A la orilla del mar he oído cantar á un mozo pescador que descansaba junto á una barca; y su canción era tan triste, tan amarga, como las coplas de Juan Breva. Cantan lo mismo las muchachas frescas, llenas de vida, que ponen claveles en las ventanas y que tienen un novio. Porque así son aquí la vida y el amor; todo lo contrario de lo que piensan los que sólo han visto *una Andalucía á la francesa, de Exposición Universal ó de caja de pasas.* En verdad os digo que este es el reino del desconsuelo y de la muerte...» El propio Sawa, — si lo sabría él, — censura las falsedades del «mulato Dumas» y de Gautier, acerca de España, difundidas «en sus rientes libros que nos presentaban ante el mundo como un país de abanico», alabando en cambio la obra de Verhaeren, titulada «La España Negra», y la de Maurice Barrés: «De la sangre, de la voluptuosidad y de la muerte», en que el poeta belga y el estilista francés, dicen simplemente la verdad acerca de la tristeza y el germen trágico contenido en el alma andaluza.

La crítica debe tener muy en cuenta estas circunstancias, como querían Sainte Beuve y Taine, toda vez que se intente desentrañar la significación de una personalidad literaria que refleja casi siempre, así sea de manera involuntaria, indirecta ó recóndita, el influjo de las cosas que coactúan en torno de su espíritu. Sawa recibió sin duda esa herencia y ese contagio del pueblo andaluz, que según sus propias frases: «mejor que ningún otro de la península, glosa y parafrasea en sus rimas y decires, insistentemente, monótonamente, la dolorosa exclamación de Lamennais: «Mi alma ha nacido con una llaga», y si bien es cierto que no se siente fuera de lugar ni de sazón en los tumultos de una zambra, no lo es menos que como la heroína del cuento jabanés, baila siempre, aún en sus más soleados jolgorios, con un cuchillo clavado en las entrañas...» El mundo se encargará luego de enconar la herida original y ahondar más el pesimismo y la tristeza, rasgos predominantes de su ser.

Como todo artista dolorido del vivir, él siente la simpatía y la atracción de los que le precedieron en el duro peregrinaje Así recuerda con admiración y afecto á Baudelaire, á Poe, á Musset, — «sagrado tríptico», dice, — los «poetes maudits», los hijos desdichados del dolor y la miseria. Es de ver con qué unción, con qué amor de hermano y de discípulo les evoca é invoca, les exalta y loa. Esto prueba la generosidad de su idiosincrasia. Elogiando á los demás,

se olvidaba el cuitado de sí mismo, de labrarse su pedestal y su gloria. Hablaba de sus maestros dilectos con verdadero fervor: «Mi Heine, mi Hugo, mi Campoamor, mi Verlaine», y poseía en grado superlativo la facultad de admirar, propia de las almas elevadas y que es la fuerza de todo gran crítico. El mismo se ha referido á esta virtud con las siguientes palabras:

«Creo también que admirar es un hecho soberanamente religioso, un gesto de misticidad muy ancho y que las manos que se alzan suplicantes al cielo, no tienen mayor unción que las que se unen movidas por la fe, para ofrendar el aplauso á algunas de nuestras adoraciones de la tierra.»

Desfilan en sus memorias, bajo el título «De mi iconografía», multitud de figuras, célebres algunas, obscuras otras, pero todas caras al escritor en razón de afinidades espirituales ó de una vieja amistad recordada con placer. Consagra afectuosas y elogiosas páginas sobre todo á Verlaine, por quien tuvo siempre la más profunda admiración unida al más entrañable cariño. También á Charles Morice, el genial teorizante del simbolismo, á Catulle Mendés, á Gabriel Vicaire, á Stéphane Mallarmé, á Tomás de Quincey, á Enrique Gómez Carrillo, á Darío, al pintor Daniel Urrabieta Vierge, á Salvochea, á Santos Chocano á Mariano de Cavia y tantos otros elejidos de su mente ó amigos de su corazón.

Recuerda asimismo á Luisa Michel, á Nicomedes Nikof apóstol de la libertad de Rusia, á Cipriani otro célebre revolucionario, á Teobaldo Nieva, el ajitador español, á todos los cuales tuvo ocasión de tratar en su inquieta y accidentada vida. Debo hacer notar aquí que Sawa sentía gran respeto y simpatía por los luchadores y los apóstoles, y que su noble amor á los que sufren, su compasión y cariño por los de abajo, le inclinaban apesar de su aristocracia de gusto y maneras á una especie de vago anarquismo sentimental que le hacía clamar contra los malos de la clase dirigente, á veces con acentos de panfletista que recuerdan al formidable León Bloy ó al Leopoldo Lugones de los tiempos de «La Montaña».

Su pluma tenía al juzgar á hombres ó cosas una admirable capacidad de concisión y síntesis, que le capacitaba para dar en dos trazos magistrales el retrato entero de un tipo ó de un autor. Así su breve juicio sobre Balzac, de una precisión definitiva: «Balzac ha sido el único historiador posible de ciertos magnos acontecimientos indivi-

duales, el exclusivo psicólogo de ciertas especiales psicologías de almas. Para narrar la vida de los mediocres, basta con poseer una visualidad mediocre; para levantar en colosal hacinamiento de sillares la vida apasionada de los férvidos amantes, de los inventores de sistemas, de los manipuladores de chispas estelares, se hace preciso llevar en el cerebro un poco de la fuerza que regula la armonía de los mundos».

El dolor fué por fin, como para Job, el único compañero de Sawa. Sus palabras expresan con frecuencia la angustia infinita del alma excelsa sometida cual el Pegaso de Schiller al yugo que la esclaviza:

«Como en el cantar gitano mis pasos se vuelven para atrás. Quiero aferrarme á la vida plástica y me desgarro la piel; quiero elevarme á la vida espiritual y siento la triple suela de plomo de mis zapatos que me retienen en la tierra. La carretera es larga y mis pasos se vuelven para atrás».

«Este pobre dietario! Cuantos días sin manchar de negro una sola página! Durante ellos, qué se yo! ha llovido fuego del cielo sobre mi cabeza; he empeñado mis muebles para que no me expulsen de la casa; he sufrido hambre de pan y sed de justicia, me he sentido positivamente morir, sin acabar de fenecer nunca... Ya no pido sino sueño. Quiero dormir. Dormir...».

En sus últimos tiempos, el sentimiento de despego y aversión hacia los hombres por las maldades de que le hicieran víctima, se había intensificado en él hasta el extremo. Su orgullo y su corazón lastimados, sangran en cada una de sus frases.

«Desgraciadamente, — como dice Taine (1), — este sentimiento bastante frecuente y bastante penetrante, envenena pronto todos los demás. Acaba por hacerse incapaz de alegría y aún de calma; no se ve en los vicios del hombre la necesidad interior que los hace tolerables, ni en las ridiculeces del mundo, la bobería que las hace divertidas. Se pierde la filosofía serena y el ingenio cómico; se hace uno satírico y misántropo; se da uno á los contrastes violentos, á las apasionadas exageraciones y á los apóstrofes sangrientos; se procura herir, confundir y humillar á los hombres. Se entristece uno y los entristece; se hace uno

(1) Ensayos de Crítica y de Historia. «Los Caracteres» de La Bruyere.

tendencioso y afectado, no habla uno más que mediante retazos insultantes y frases caústicas...»

Algo de todo esto había en Sawa, pero la nobleza ingénita de su alma preservóle de mezquinas perversidades. Fué áspero y cruel á veces, pero siempre con justicia y exento de ruindad y de bajeza. La sociedad tuvo para él perfidias y traiciones. Harto justificado, pues, ese negro posimismo que gime en sus escritos y que aprobaría Hobbes. *Homo Homini lupus!*

«Para qué seguir, para qué insistir! Ya no lucho; me dejo llevar y traer por los acontecimientos. Hombres y cosas me han hecho traición, ó no han acudido á mi cita. Me sería difícil decir un solo nombre de mortal que se haya sentido hermano mío. Me puedo creer en una sociedad de lobos. Llevo en todo mi cuerpo las cicatrices de sus dentelladas y oigo aullidos cuando reconcentro mi espíritu para evocar recuerdos. Nada. Nada. ¿Por qué no habría de irme?»

Y al fin se fué para siempre el genial y triste bohemio, magnífico forjador de ensueños, caudaloso de talento y soberbio de talla y de rostro, para quien la vida fué inhospitalaria y hostil y el destino maléfico y adverso. Tal vez en el abrazo de la muerte haya encontrado la paz por que clamaba su espíritu inquieto y torturado. *Alas, poor Yorick!*

ÁLVARO MELIÁN LAFINUR.

PRÓLOGO

El sol y el agua por fecunda unión
á las plantas sustentan, cualesquiera
que puedan ser, porque ni el sol ni el agua
miden el fresco ó el dorado don.
Los servidores de la primavera,
el sol y el agua,
lo mismo encienden el rubor florido
en bella que atesora un nido,
ó fortalecen híspida cizaña
refugio de la inútil alimaña;
que al sol y al agua
no les importan gratitud ni olvido.
Si ruin ó hermoso advenimiento tiene
su limpia caridad, razón se obtiene
viendo la casta de la misma planta,
no al sol ni al agua
que en ella se reposa ó se levanta.
Tan alto ejemplo mereció ser mío;
y como el sol y el agua, indiferente
la estrofa doy para diversa gente.
En unas almas mostrará vileza
y en otras cobrará mayor belleza,
porque el agua en las flores es rocío,
que á su vez con el sol es piedra fina...
Así, quien á las claras ó á sordina
tajos me tira, cuente que asesina
al sol y al agua,
pues pararán en tanto sus enojos
cual los de aquel que con cerrar los ojos
creía, ¡oh, simple!, que apagaba el sol.

---

* De un libro en preparación.

Si acoge á este presente melodioso
el negro olvido de ánimo envidioso,
me olvido del olvido viendo al cielo:
parece que la noche apaga al sol,
¡y está muy lejos de la noche el sol!
Así viene del cielo mi consuelo,
como el sol, como el agua.
De ambos tiene este libro claridad,
y no muestra mayor utilidad
que el arco de colores en el cielo
hace la suave unión del sol y el agua.

ENRIQUE BANCHS.

ALGUNAS PÁGINAS

de RAFAEL BARRET

Una casa editora de Montevideo acaba de publicar una nueva obra de Rafael Barret, titulada "Mirando vivir". ¿Rafael Barret? Talvez no todos nuestros lectores le conozcan. No era muy conocido entre nosotros. Pero merecía, merece serlo, esperemos que lo sea. Rafael Barret fué un noble espíritu, tan noble como desgraciado, que por estos diarios del Plata, sobre todo en «La Razón» de Montevideo, sembró lo suficiente como para conseguir en cualquier país una merecida cosecha de alto renombre. Aquí, donde Luis Bonafoux cuenta con numerosos lectores y admiradores, Rafael Barret pasó desconocido para los más. Y valía más, oh, mucho más, por cierto. Valía más, porque su áspero paradojismo era la ruda envoltura en que nos brindaba toda su alma amorosa y sangrante, alma profundamente cristiana, que tuvo siempre palabras de amor para los sanos, los fuertes, los libres, los honestos, los valientes; de consuelo para los infelices, los débiles, los enfermos, los desheredados, los oprimidos; de odio para los crueles, los opresores, los injustos, los hipócritas, los charlatanes y los deshonestos. La misma casa editora ha ido reuniendo en estos últimos años su producción dispersa, y así hemos conocido las sarcásticas «Moralidades actuales», los originales «Cuentos breves», «El Dolor Paraguayo», libro hecho de amor y de amargura, y por último, el ya citado «Mirando vivir», comentarios de actualidad junto á los cuales los «Epílogos», de Remy de Gourmont, si nos resultan igualmente interesantes como ágil esgrima del pensamiento, quedan muy por debajo, en cambio, en cuanto á calor humano y punzante sinceridad. Ahora el pobre Barret ya no existe. Él que erigió en culto el amor á la salud y á la vida, ha caído tempranamente bajo las garras de la enfermedad de los débiles, predestinados por la herencia y vencidos por el medio. Él ha muerto, pero su

obra ha de quedar, porque es fecunda como pocas, y han de recordarla con gratitud tres repúblicas, cuyos pasos firmes ó inseguros él siguió en todo momento con interés: el Uruguay, el Paraguay y la Argentina.

Publicamos á continuacion algunas de sus páginas, tomadas de sus varios libros. Sirva esto de homenaje á su memoria y de anticipo al extenso estudio que NOSOTROS *ha de dedicar en breve á tan generoso espíritu.*

R. G.

MI HIJO

(De «Moralidades actuales».—1910).

Hace algunas horas que ha nacido; es uno de los seres más jóvenes del universo. Es el más hermoso: su naricilla apenas se ve. Es el más fuerte; temblamos en su presencia, y apenas nos atrevemos á tocarle. Ha nacido y ha llorado; admirable lección, fenómeno extraordinario! Ha bostezado después: inteligencia profunda!

Mama, reuniendo todas sus energías. Ha sabido expresar en un solo gesto los gestos dispersos de la humanidad. Desde que él vino al mundo, el mundo es otro. Un soplo de Primavera refresca las cosas, reanima las marchitas flores y renueva el cielo. El ha salido á la vida, y ha explicado la vida. Ha abierto los ojos, y ha creado la luz.

Ahora comprendo lo que ha resistido á los esfuerzos de los filósofos. He descubierto que los hombres son buenos, que los crímenes más infames no lo son sino en apariencia. Solo el bien existe. La realidad es buena; la realidad es feliz. El mal y la desesperación no son más que impaciencia. Todo marcha; todo se arreglará. Mi hijo, promesa infinita, duerme; él salvará á los desgraciados. Es el niño-Dios: los Reyes Magos contemplan su sagrado sueño.

Una probabilidad virgen ha entrado en la tierra. Yo no soy quién la ha traído, no *somos* quién la ha traído. No existo, no *existimos* desde que él nació. Nació y ya no es nuestro hijo, sino hijos suyos nosotros; discípulos y servi-

dores suyos. Nuestro padre, nuestro maestro. Bajó á decirnos lo que ignoramos, lo que escucharemos religiosamente.

Tomo mi pluma para anunciaros la buena nueva, para hacer el elogio de mi hijo. Podréis reíros, no os oigo. Estoy deslumbrado por el Mesías, y no distingo vuestra indiferencia.

Indiferencia? oh no! Qué nos queda, qué queda al destino, si no viven nuestros hijos, si no son dioses en nuestro corazón y en nuestra mente? Ellos lo son todo, toda la belleza, toda la verdad, toda la esperanza. Por eso estoy seguro de que festejais conmigo el nacimiento de nuestro hijo, de nuestro querido hijo que duerme.

—

EL PERRO

(De «Cuentos Breves».—1911).

Por los anchos ventanales abiertos del comedor del hotel, contemplaba desde mi mesa el horizonte marino, esfumado en el lento crepúsculo. Cerca del muelle descansaban las velas pescadoras á lo largo de los mástiles. Una silueta elegante cruzaba á intervalos, subiendo la rambla; *cocotte* que viene á cambiar de toilette para cenar, sportman aguijoneado por el apetito. El salón se iba llenando; el tintineo de platos y tenedores preludiaba; los mozos, de afeitado y diplomático rostro, se deslizaban en silencio.

La luz eléctrica, sobre la hilera de manteles blancos como la nieve, saltaba del borde de una copa á la convexidad de una pulsera de oro para brillar después en el ángulo de una boca sonriente. La brisa de la noche movía las plumas de los abanicos, agitaba las pantallas de las pequeñas lámparas portátiles, descubría un lindo brazo desnudo bajo la flotante muselina, y mezclaba las aromas del campo y del mar á los perfumes de las mujeres. Se estaba bien y no se pensaba en nada.

De pronto entró un hermoso perro en el comedor, y detrás de él una arrogante joven rubia que fué á sentarse bastante lejos de mí. Su compañero se dió á pasear, pa-

sándonos revista. Era una especie de galgo, de raza cruzada. El pelo, fino y dorado, relucía como el de un tísico. La inteligente cabeza, digna de ser acariciada por una de esas manos que sólo ha comprendido Van Dick, no se alargaba en actitud pedigüeña. Al aristocrático animal no le importaba lo que sucedía sobre las mesas. Sus ojos altaneros, amarillos y transparentes como dos topacios, parecían juzgarnos desdeñosamente.

Llegado hasta mí, se detuvo. Halagado por esta preferencia, le ofrecí un bocado de fiambre. Aceptó y me saludó con un discreto meneo de cola. No creí correcto insistir, y le dejé alejarse. Miré instintivamente hacia la joven rubia. El profundo azul de sus pupilas sonreía con benevolencia.

Después de comer subí á la terraza, donde había soledad. El faro lanzaba un haz giratorio de luz ya blanca, ya roja, sobre las negras aguas del Oceano. El viento se extinguía. Un hálito tibio ascendía de la tierra caliente aún.

Embebido ante el espectáculo sentí, cuando lo esperaba menos, las nerviosas patas de mi nuevo amigo apoyado sobre mí. La joven rubia estaba á mi lado.

—¡Qué admirable perro tiene usted, señorita... ¿ó señora? — pregunté.

—Señora, dijo la voz más dulce que he oído en mi vida.

——

Nos veíamos de noche, sobre la terraza solitaria, ó bien hacíamos algunas tardes largas excursiones campestres con Tom por único testigo.

La señora de V... era rusa. Mal casada, rica y melancólica, obtenía á veces de su marido una temporada de libertad. Entonces se abandonaba al encanto de la naturaleza y al sabor de los recuerdos, y arrastraba sus desengaños por todas las playas á la moda.

—No le debía odiar, murmuraba, y le odio; sí, le odio y Tom lo mismo; es grosero, celoso, insufrible, yo le hubiera perdonado mis amarguras, si me hubiera dado un hijo. Ni siquiera eso.

Su sombrilla trazaba un ligero surco por el césped.

—No me puedo permitir una amistad, una simpatía. Su intransigencia salvaje me tiene prisionera. Dentro de quince días estará aquí.

Bajaba la graciosa cabeza de oro, y seguía en voz más baja:

—Amigo mío; desgraciada de mí si sospecha esta inti-

midad inocente. ¡No nos veremos más desde el momento que llegue. Sería demasiado grave; V... es uno de los primeros tiradores de San Petersburgo.

Su brazo temblaba bajo el mío, pero sus ojos húmedos lucían tiernamente. Tom brincaba sobre las mariposas, y acudía á lamernos las manos. Se le despedía con grandes risas y le consolábamos después, llenos de remordimiento.

En otras ocasiones la señora V... me recibía en su cuarto. Tom se arrojaba sobre mí bulliciosamente. Ella, con alegrías de niña, me enseñaba los retratos de sus amigas, ó me contaba historias de su infancia. De cuando en cuando se apoderaba de nosotros un acceso de sentimentalidad, y con los dedos unidos callábamos, dejando hablar nuestro silencio emocionado. Pero antes de marcharme era preciso jugar con el perro como dos chiquillos.

Delante de la gente no aparentábamos conocernos. Cuando bajaba la señora de V... al comedor, apenas inclinaba la frente. Tom daba su paseo de costumbre, y se detenía un instante á recibir alguna fineza mía. ¡Nada de saltos, nada de fiestas! ¡El tacto de aquel animal era prodigioso! Un día que almorzaba yo con un conocido, pasó de largo, como si no me hubiera visto jamás. Pero su mirada parecía explicarme... «No es que tenga celos; es que ese señor es muy antipático».

———

Sonó la hora funesta. V... llegó al balneario, y con él, mi desesperación. El hombre no dejaba á su mujer un instante como no fuese encerrada. La joven retenía á Tom con ellos, y yo no conseguía ni la satisfacción de acariciar la cabeza de nuestro fiel confidente.

Las semanas huían y comenzaba realmente á desanimarme, cuando fuí presentado á V... en la tertulia de los señores H... Por una coincidencia salimos juntos, y juntos volvimos al hotel.

V... era tal como me lo habían pintado; su aspecto áspero y desapacible, y su conversación autoritaria y seca. Cambiamos pocas palabras. Al apretarme la mano me preguntó con indiferencia:

—¿Quiere usted conocer á mi esposa? Estará todavía de pie. Es muy insociable, pero le gusta hablar francés.

¿Qué hubiérais hecho? Subimos las escaleras, y nos detuvimos ante el cuartito donde tan deliciosos ratos había yo gozado. De repente me estremecí de terror. El perro! ¡Había olvidado el perro! ¡El perro que iba á festejarme y á lamerme con toda su alma! ¿Qué partido tomar? ¡Po-

bre amiga mía! ¡Pobre de mí! No me hizo ninguna gracia recordar que V... era el primer tirador de San Petersburgo...

Como quien va al suicidio, entré en la habitación. La señora de V... asaltada por el mismo pensamiento que yo, estaba más pálida que la muerte. Tom, tendido con elegante indolencia, alzó las orejas al ruido de nuestros pasos, y abrió sus lúcidos ojos amarillos...

Pero no se levantó siquiera. Se contentó con mover irónicamente la larga cola empenachada.

—

EN LA ESTANCIA

(De «El Dolor Paraguayo».—1911).

He aquí la naturaleza auténtica, el augusto desierto En los sitios que hasta ahora conocía del Paraguay, el terreno y la vegetación me parecían querer acercarse, rodear é imitar al hombre, acompañarle en sus humildes cultivos, en su vida sedentaria y pequeña, ofreciéndole horizontes menudos, ondulaciones perezosas, perspectivas acortadas más bien por inextricables jardines que por selvas vírgenes, aguas delgadas y lentas, matices homogéneos y suaves, paisajes estrechos, de una placidez familiar y casi doméstica, de una ténue melancolía de viejo vergel abandonado. Aquí las cosas no nos recuerdan, no nos ven: llanuras sin término, de un pasto de búfalos, cruzadas por traidores esteros; bosques que ponen una severa barra obscura en el confín de lo visible; malezales cómplices del tigre y de la víbora; peligro y majestad. Ni el azar mismo nos concilia con esta soledad definitiva. Nada de humano nos circunda. Pudo el antropoide, tronco de nuestra extraña especie, no haber salido jamás del misterioso no ser á donde tantas otras especies tornaron al cumplirse los tiempos, y estos llanos alternarían idénticamente su ritmo infinito y estos montes exhalarían en la lóbrega intimidad de su fondo, igual aliento salvaje. La inmensidad nos tiene prisioneros. «No», dice el cielo, ensanchado por la tierra; «no», dice el árbol que levanta sobre la siniestra espesura sus brazos eternos; «no», repiten los buitres inmóviles, es-

pías de la muerte. Y para venir á encerrarse en perdurable encierro, con tan imponentes testigos, para afrontar todos los días, hasta el último de nuestros pobres días, tan grandioso y fatal espectáculo, preciso es traer otra soberbia negación en el alma, un odio implacable, ó un desprecio feroz, ó una tranquilidad terrible, ó una resignación de granito.

Como os comprendo, rudos servidores de mi huésped, pastores taciturnos! Curtida está la piel de vuestras manos como la de vuestros tiradores de boyeros; vaciados estáis en áspera arcilla, hermana de la que pisan vuestros pies incansables; las líneas de vuestros cetrinos rostros tienen la impasibilidad de estos campos adustos. Vuestras siluetas no turban la armonía secreta del ambiente, y vuestro oficio es el único que no lo profana. Devolvéis á su patria agreste los toros que otras generaciones capturaron y enloquecieron para diversión estúpida, y los dejáis recorrer con pezuña tarda y poderosa, leguas y leguas de dominios. Guardáis los rebaños del silencio, riquezas que gentes lejanas pesan y cotizan, aquí figuras de verdad y de belleza. Hacéis que el bárbaro testuz, en la gloria robusta de sus astas, se yerga sobre los altos haces silvestres, y que resplandezca el atento y magnífico espejo de los ojos bestiales. Pobláis el sombrío paraíso de los solos habitantes dignos de él.

Las escondidas divinidades rústicas acogen vuestra adormida tristeza. Apagada la esperanza en vuestros corazones, y en vuestra inteligencia la curiosidad, os acomodáis al yermo, á la desnudez desesperada de vuestras chozas y de vuestros instintos. Es que la desconfianza, el miedo y la sumisión inerte pesan en vuestra carne. Es que os pesa la memoria del desastre sin nombre. Es que habéis sido engendrados por vientres estremecidos de horror, y vagáis atónitos en el antiguo teatro de la guerra más despiadada de la historia, la guerra parricida y exterminadora, la guerra que acabó con los machos de una raza y arrastró las hembras descalzas por los caminos que abrían los caballos, quizás ignorantes de vuestra orfandad y de vuestro luto; vivís desvanecidos en la sombra de un espanto. Sois los sobrevivientes de la catástrofe, los errantes espectros de la noche después de la batalla. ¿Qué son treinta años para restañar tales heridas? Seguís vuestro destino, pastores taciturnos. En torno vuestro las flores han cubierto las tumbas; nadie es capaz de atentar á la formidable fertilidad de la tierra; el hierro y el fuego mismo la fe-

cundan; no hay para ella gestos asesinos. Por eso, en su vitalidad indestructible, ella que recibió los huesos de los héroes inútiles no ha de negar su paz austera á los hijos del infortunio.

Quién intentará curar, consolar á los que lo perdieron todo: fé en el trabajo, poesía serena del hogar, poesía ardiente de una ternura que elige, sueña y canta? ¿Quién confortará á los que aún no rompieron en llanto y en ira? ¿Quién tendrá bastante constancia para combatir los fantasmas fatídicos, bastante piedad y respeto al tocar las raices sangrientas del mal, bastante paciencia para despertar las mentes asombradas, bastante dulzura para atraerse las criaturas enfermas? Universitarios que proyectáis regeneraciones, retóricos del sacrificio, abandonad esa colmena central y dispersáos por los modestos rincones de vuestro país, no para chupar sus jugos á los cálices ingénuos, sino para distribuir la miel de vuestra fraternidad. Talentos generosos prosperad todavía; hacéos maestritos de escuela, curitas de aldea; acudid á la simple faena cuotidiana, y en las tardes transparentes, á la vuelta del surco, hablad al oído á vuestros hermanos que sufren, que sufren tanto que no saben que sufren! Pero si no hay amor en vosotros quedáos en la colmena y dedicáos á la política. Vuestra solicitud sería la postrera y peor de las plagas.

¿He escrito política? Había olvidado — ¡perdón! — había olvidado la política. Había olvidado el recurso feliz, el emplasto de *Diarios oficiales*, la cataplasma oratoria. Había olvidado la farmacopea parlamentaria. Hemos progresado en religión: de muchos dioses hemos pasado á uno, y estamos en vías de pasar de uno á cero. Nuestro poder terrestre ha progresado á la inversa: del tirano hemos pasado á la cuadrilla. El tirano, malo ó bueno, representaba á Dios; no se suponga que la cuadrilla representa algún travieso y despreocupado Olimpo. Representa el pueblo; sí, pastores taciturnos, hay unos cuantos alegres señores que os representan. Tal vez no lo creáis; tal vez Dios no se haya creído representado nunca por Juana la Loca ó por Carlos el Gordo. Ni Dios ha bajado todavía de las alturas á explicarse, ni tú, paciente pueblo, subirás de las honduras á explicarte. Desearías entender lo que sucede en las cámaras, mas el mecanismo administrativo es tan maravilloso, tan complicado, que los discursos elocuentes llegan á tus espaldas transformados en el rebenque del cabecilla. Y tú, penosamente, te encoges de hombros...

Basta. Esto es *demasiado humano* para este panorama imperioso y solemne. No soy un bucólico azucarado; sé que las plantas elegantes se roban el aire y la luz, que los tallos esbeltos se retuercen para estrangularse, que no es por estética que la golondrina decora el espacio con las graciosas curvas de su vuelo, sino por devorar una presa invisible; sé que lo hermoso y lo pujante brota de los cadáveres podridos. Y sin embargo siento que de las sanas crueldades de la naturaleza se eleva una certidumbre sublime, ausente de las maniáticas y ruines crueldades de los hombres.

—

ALBERDI.

(De «Mirando vivir.»—1912).

Se festeja el centenario del nacimiento de Alberdi. En general, las efémerides no significan nada. La historia no tiene estaciones. La humanidad no está sujeta á retornos. La curva que describe nuestra especie no se cierra sobre sí misma. Es una rama parabólica que se abre hacia el infinito. Quizá no sea el progreso más que una consoladora ilusión; pero estamos seguros de la inagotable variedad del porvenir. Quizá no nos traiga nuestro viaje cosas mejores; pero nos traerá cosas nuevas. Todos los desastres son posibles, menos el de la repetición, y si hay motivos sobrados de dolor, no los puede haber de tedio. Sólo le está permitido aburrirse al que carece de sentidos y de inteligencia. El capital que más rinde es el de la curiosidad. Y por esto, y doblemente en tiempos de rapidísimas transformaciones sociales, son nuestros intereses, nuestros anhelos y nuestra filosofía, extraños casi en absoluto á los de nuestros no muy remotos antepasados.

El hijo comienza hoy á considerar su padre como un objeto arqueológico. Fuera de un círculo de eruditos, ¿quién se formará de la América de 1800 una imagen que no sea absurda? Los centenarios son fiestas pueriles. Y luego ¿porqué tantas prerrogativas para el número 100?

¿Porqué esa cruel indiferencia hacia el 99 ó 101? 100 es un número redondo, pero 101 es un número primo, lo cual parece más aristocrático. En el caso de Alberdi, no obstante, son tolerables las supersticiones aritméticas, si sirven de pretexto para acordarnos de un hombre superior, injustamente tratado antes y después de su muerte.

Ante todo, comprendemos á Alberdi. Alberdi no ha envejecido. Enterrado desde hace muchos años, es un adolescente si se le compara por ejemplo con el general Roca. Alberdi, como sus congéneres en el talento, no padeció la desgracia de las mayorías, que consiste en pertenecer á su época. Se adelantó lo suficiente para ser comprendido durante un largo período, y acaso le comprendamos cada vez más,á medida que nos olvidemos de sus mediocres contemporáneos... Su centenario no es tal centenario. Alberdi merece que se hable de él; es todavía una actualidad.

Entre las naciones que se ocupan ahora de Alberdi, el Paraguay figura con gratitud. Ha levantado una suscripción para asociarse á los festejos del modo más ostensible que le permitan sus modestos recursos. Pienso que Alberdi condenó la guerra del 66, no por amor al Paraguay, sino por amor á la lógica, lo cual es preferible. El noble escritor no evitó la catástrofe. El Paraguay fué exterminado. La insuperable imbecilidad del tirano López precipitó los acontecimientos. Este mariscal de cartón arreaba consigo todo su ejército, todo su pueblo, hasta las mujeres, rebaño compacto que hacía fusilar concienzudamente en todas las batallas. Los paraguayos libres del hipnotismo de López, y abandonados á sí propios, haciendo guerrillas como los españoles en 1808 y los boers 90 años después, habrían fatigado y despedido al invasor, que no valía lo que ellos.

Alberdi, que no consiguió nada en provecho del Paraguay, consiguió sí que la Argentina le aborreciera. Con su platonismo incorruptible, era un insigne desbaratador de negocios. ¡Qué odio no le tendrían los mercachifles enriquecidos por la matanza, los políticos del caudillaje y los oradores del lugar común! Espanta sospechar el efecto que habrá producido «El crimen de la guerra», catecismo antimilitarista, en un país cuyas provincias se dedicaban á devorarse unas á otras. En aquel medio frenéticamente material, el austero crítico era intolerable; fué eliminado, y eliminado á medias continúa. Su patria le elogia á regañadientes. Hay en Alberdi, algo antipático siempre á los argentinos. Alberdi, revolucionario aun para la América ac-

tual, es más revolucionario, más extranjero que en ninguna parte en la Argentina, de la cual fué el único filósofo y estoy por decir el único gran entendimiento. Es que no era criollo. Era una inteligencia universal, cotizable en todos los mercados de cultura del mundo. No había en su país atmósfera respirable para él. Su impopularidad no vino de la índole de sus ideas, sino sencillamente de haber tenido ideas. Y Alberdi fué á morir tranquilo adonde eso no es un crímen.

RAFAEL BARRET.

LA SOFÍSTICA MODERNA

Mi querido amigo: [1]

Le agradezco su carta y la noticia que en ella me da de que usted tiene ya formadas sus opiniones y puedo, por lo tanto, hablar con entera libertad. Como modo de alentar, ciertamente es peregrino. Con todo, aprovecharé su cortesía para volver sobre el tema de que ayer tratábamos.

La filosofía parte, según se ha dicho, de un principio, ó mejor, de dos: *Existe algo y es posible el conocimiento.* Este es el presupuesto filosófico; luego se pasa á estudiar *cómo se conoce* y *qué es lo que existe.*

La sofística parte de mil puntos, pero por cualquier camino llega á negar ó *la existencia del ser* ó *la posibilidad de su conocimiemto,* esto es, á negar el fundamento de la filosofía.

La existencia, tanto del ser como del conocimiento, la filosofía no la demuestra, como el físico no demuestra la existencia del mundo, y ninguna ciencia su objeto. Y asi manda la razón. Es evidente que á no haber el mundo no habría física, ni astronomía si no se viesen astros en el cielo. el hecho mismo de haber una ciencia de la naturaleza prueba la existencia de esta última.

Los que no admiten ó el ser ó el conocimiento, dice Aristóteles, lo hacen, ya por amor de disputa, ya por inexperiencia. La inexperiencia y la poca práctica en la dialéctica, continúa, son las causas de que se pretenda la demostración del principio; *ahora bien, el principio no se demuestra, pues para hacerlo se necesitaría otro principio lo que sería ir á lo infinito.*

La geometría empieza, por ejemplo, por el axioma que

(1) Esta carta continúa el asunto tratado en la publicada en el número anterior de NOSOTROS, bajo el título *La Filosofía de los sanos.*

el todo es mayor que sus partes, y este axioma no lo demuestra ni lo podría.

Quienes hablan por amor de disputa, continúa Aristóteles, quieren ser persuadidos por medio de la fuerza y que se les obligue á creer, y esto no es posible. Negado el principio, queda suprimida toda demostración y refutación, cosa que la sofística no puede ignorar. Como no anima al sofista el amor de la verdad, sino más bien el odio, nada le importa que se le acuse de violar las leyes de la dialéctica.

La realidad del ser y *la posibilidad del conocimiento* no deben demostrarse, sino darse y tomarse como supuestos necesarios. Y son principios verdaderos, es decir, tales que no hay otro anterior, por cuanto la filosofía es la ciencia de la razón y ésta tiene por límites dichos principios que la separan de la locura.

En la vida práctica quien estuviese de veras persuadido de que nada existe ó nada se puede conocer, sería juzgado loco; pero lo que es locura en la vida lo es también en filosofía, y por consiguiente, quien defina la sofística una locura no tendrá á buen seguro por qué avergonzarse de tal definición.

«Dudan, dice Aristóteles, si será verdad lo que se ve en sueños ó lo que se ve despiertos; pero no dudan de veras, pues si están en Africa y sueñan hallarse en Atenas, al despertar no suben al Areópago». Semejante incertidumbre no existe, pues, sino para el loco.

Algo de tales dudas se pretendió encontrar en el mismo Homero, quien al hablar de Héctor delirante por la herida recibida, dice que «hablaba cosas de otra sabiduría», de una sabiduría distinta de la común. Es decir que para Homero el loco no estaría equivocado, sino que, sólo vería las cosas bajo un aspecto diverso del común.

El filosófo, pues, pide como principio lo que, sin declararse loco no se puede negar. Siendo su tarea la de aplicar el conocimiento é investigar la naturaleza del ser, si negara el uno ó el otro ó entrambos, volvería imposible el continuar, y la filosofía moriría antes de nacer.

También Descartes, me dirá usted, busca un principio de inmediata evidencia. Es cierto, pero ese principio no es el de la filosofía. Con su *cogito ergo sum* da como supuesta *la existencia individual* y *la conciencia de tal existencia,* pero no la existencia de algo fuera del yo y la posibilidad de conocerlo. Así que, después de haberse encerrado en sí

mismo, sólo le fué posible salir del encierro con recursos tan mezquinos como ridículos.

Pienso, luego existo: primer punto. «¿Y porqué creo?» *Porque la idea es clara,* y he aquí una entidad nueva, la idea clara. La certidumbre de que quien piensa tiene que existir es un *sentimiento,* nace de la conciencia, no es una *idea:* no me obliga á creer en mi existencia el nexo necesario entre *pensar* y *ser,* sino *el sentirme,* es decir, *el sentir que soy.*

La idea clara, su vara mágica, le ayuda á dar otro paso: *también tengo de Dios una idea clara; luego Dios existe.* Sin embargo, mucho antes que de Dios, tenía Descartes la certidumbre de la existencia del mundo exterior, y, sino ¿porqué se esforzaba en llegar á ella? ¡Como es pueril todo esto! ¡Y dieciocho siglos después de Aristóteles!

Pero para clasificar á Descartes entre los sofistas, aunque sofista inocuo, si no le hubiese hecho tan dañino la decadencia del pensamiento en su edad, basta el hecho de que, si admite *la existencia* no admite la de una *realidad exterior;* no la admite, digo, cual *indemostrable* por su evidencia, como ha de ser, sino por falta de razones. Es éste un artículo de fe que el filósofo no puede tocar sin cesar de serlo, al alistarse con los sofistas en el ejército de la locura. Kant, y de los especuladores alemanes basta un botón, es sofista porque niega el segundo principio, el conocimiento de lo real. Ya veremos cómo.

Si mis palabras le suenan á Vd. algo ásperas, mi querido amigo, haga una suposición: imagine Vd. que uno de estos pseudo-filósofos entre por azar en un laboratorio químico, y dígame Vd. cuál acogida le dispensarían, si preguntase al químico con cuál derecho cree experimentar sobre la materia y los cuerpos, no estando seguro de la existencia ni de la una ni de los otros. ¿Porqué á ninguno de estos filósofos se le ocurrió emprenderla nunca con las ciencias naturales? Sin embargo, cada día se anuncia una nueva ley de la naturaleza; antes bien, el concepto de la necesidad de tales leyes se vuelve tan común, que es parte parte de la conciencia de todos.

La magia que se lisonjeaba poder más que las leyes naturales, que se fingía una naturaleza adaptable á nuestros deseos, ya murió: era la sofística en las ciencias naturales, pues se ha visto que el sueño del sofista es suprimir toda necesidad exterior, para arreglar el mundo según

su capricho. En las ciencias naturales, por consiguiente, la sofística ha desaparecido: ¿porqué sigue manteniéndose en la filosofía? El daño está en que en ella cuesta algo más reconocer la verdad. Pero ya hablaremos de eso otra vez (1).

HANS FRIEDRICH.

---

(1) El doctor Friedrich toca en estas cartas muchos puntos que deja aparentemente de lado sin solución. Debo decir, sin embargo, que en la seguida correspondencia que durante varios años mantuve con él, no planteó cuestión que tarde ó temprano no dilucidara ampliamente con su acentuada manera personal. R. G.

POESÍAS

(Para Alfredo A. Bianchi).

La tristeza del agua

En el umbroso estanque reposa el agua muerta
Que aprisiona la piedra de los sillares viejos.
¿Qué luz semivelada, de entre la fronda yerta,
Desciende hasta las ondas sin encender reflejos?

Los árboles cubiertos de pomposo follaje
Se yerguen del estanque en la húmeda ribera,
Y de sus verdes copas el complicado encaje
Se dibuja en el agua como una cabellera.

Bajo el soplo del céfiro levemente se riza
El cristal empañado del agua siempre impura:
Mueren en los pretiles, que el muérdago tapiza,
Las concéntricas ondas de gradación obscura.

De vez en vez una hoja que rueda desprendida
Hasta el agua desciende con mesurado vuelo,
Y hay en ese abandono tal ausencia de vida
Igual que si fuese una meditación de duelo.

Extiende el acre limo su salitrosa espuma
En copos que dispersos semejan anchas flores,
Y en el cristal borroso gradualmente se esfuma
Alguna que otra mancha de cárdenos fulgores.

En su quietud suprema, el estanque olvidado
Sugiere la tristeza fatal de una elegía,
Y en el hondo silencio del parque abandonado
Es un retiro amable de ensueño y poesía.

Ni las mañanas de oro, ni las tardes azules,
Su alegría difunden en el estanque umbroso:
Bajo la yerta sombra que dán los abedules
El agua siempre turbia permanece en reposo.

Quizá en lejana noche de luna y primavera
En que la luz astral era plateada lluvia,
Una ligera barca partió de su ribera
Con una hermosa dama de cabellera rubia.

Talvez! Acaso el céfiro que murmura indiscreto
Recogiendo el perfume de las gallardas flores,
Nos dijera al oído la clave del secreto
De una época remota de dichas y esplendores.

Junto al estanque paso mis vésperos de hastío
Evocando quimeras para olvidar mis males,
Mirando como ruedan sobre el cristal sombrío
Las hojas desprendidas de los viejos rosales.

La tristeza del jardín

La tristeza del jardín
Bajo la tarde dorada,
Es una suave elegía
Para decirla en voz baja.
Sendas formando eses... Rosas
En los rosales. Y canta
En los claros surtidores
La melodía del agua.
Una primavera lúgubre
En el jardín sueña y pasa
Derramando entre las frondas
El rocío de sus lágrimas.
Y es el silencio tan hondo,
Que si desde alguna rama
Cae una hoja desprendida,
Se siente cuando resbala.
Angustiosa pesadumbre
De su recinto se exhala,
Y penetra por los ojos
Hasta la urna del alma.
La tristeza del jardín
Bajo la luna de plata,
Sonríe á la primavera
Que melancólica pasa...

Estampas

I

Agoniza la tarde
En el parque florido.
El sol apenas arde
Y el lago se ha dormido.
¡Tristeza de la tarde
En el parque florido,
Del sol que apenas arde
Y del lago dormido!
Blanquea una escultura
Entre la fronda obscura
Que inmóvil se diseña.
Y en la paz del momento,
Apenas gime el viento
Y el crepúsculo sueña.

II

Jardín, umbrío jardín
Donde canta el ruiseñor
Trovas dolientes de amor
En un son de bandolín.
¡Oh, la umbría en el jardín!
¡Oh, el aria del ruiseñor
Cantando penas de amor
En un son de bandolín!
Y la canción se dilata
Bajo el cielo azul y plata
Con melancólica unción.
Y es su armonía tan pura,
Que mientras el canto dura
Llora, llora el corazón...

III

Paisaje de égloga... Suena
Bajo el cielo vesperal,
La melodía serena
De un aire sentimental.
En la tarde dulce y buena
Esa música hace mal,
Y hace más honda la pena
Del crepúsculo estival.
Y la flauta gemidora
Llora y ríe, ríe y llora
Con el alma del cantor.

Esa música hace daño...
Mientras conduce el rebaño
Tañe la flauta el pastor.

IV

Tarde gris. En el ambiente
Flota la niebla autumnal.
Cae la lluvia silente
En la ciudad colonial.
Desde mi estancia se siente
La monotonía usual,
Obstinada y persistente
De la lluvia en el cristal.
Tarde gris, nubes de plomo...
Bajo el crepúsculo como
Una gran sombra espectral.
Sobre la ciudad borrosa,
Cae la lluvia tediosa
Con un ritmo siempre igual.

Un lienzo de Richard

Este lienzo magnífico, severo y elegante,
De distinción suprema, es un cuadro galante.

En Venecia... Una góndola se aproxima silente
En la tarde florida, junto al marmóreo puente

Que la azulada onda del Adriático besa,
El mismo mar que Heredia minió en *La Dogaresa*.

Bajan por los peldaños caballeros y damas
De porte aristocrático... Vuelan los epigramas

Como áticas abejas y la ironía fina
Subraya el galanteo. — Una dama se inclina —

¡Oh, exquisita elegancia! — junto del agua quieta
Donde oscila la góndola no del todo sujeta.

Lejanías de ensueño, desvaidos colores,
Media luz en los árboles y en los árboles flores...

En este bello lienzo todo se ve brillar,
Y hay debajo esta firma ya célebre: Richard.

JUAN AYMERICH.

EL CONSCRIPTO

DRAMA EN UN ACTO

DE

R. FRANCISCO MAZZONI

PERSONAJES:

Manuel	23	años
D. Luís	50	„
Amalía	18	„
Doña Rosa	48	„
Josefa	40	„
Toribio	35	„

Estrenado el 28 de Noviembre de 1911 en el Teatro Nacional.

ACTO UNICO

(Patio cubierto. Es el sitio más habitado de la casa. Al foro, dando á un jardín quinta, una gran ventana practicable cubierta por un cortinón y dos puertas laterales en ángulo. Puertas de las piezas interiores á izquierda y derecha. Muebles sencillos y elegantes. A la izquierda un sofá y á su frente un bastidor acompañado de un costurero. Detrás una mesita que se apoya en el sofá y tiene á su costado izquierdo una estantería baja con libros. Una biblioteca de "La Nación". A la derecha una mesa con libros, periódicos y dos sillas. En la ventana macetas con plantas).

Época actual. La acción en un pueblo de campo.

ESCENA I

(Al levantarse el telón, Amalia, sentada á la derecha del sofá, borda atentamente).

Josefa:—*(Asomándose por la puerta izquierda).* Niña ¿le sirvo el té?

Amalia:—*(Sin levantar la vista y abstraida).* Bueno ¿Ya es hora?

Josefa:—Si'a pasao niña. Ya está por dentrarse el sol. *(Josefa sale. Se oye su canturreo discreto en la cocina, el golpear de las cucharas en la loza, el gemir de la puerta de una alacena. En la paz del hogar, Amalia, sigue bordando un momento. Después se levanta, vá hacia el foro, descorre el cortinón y abre la ventana. Contempla un instante el jardín inundado de sol donde vaga el trino de un canario, y luego, decidida, vuelve á la labor. Pausa).*

Josefa:—*(Entra con el servicio de té que deja sobre una mesita junto al sofá).* ¿Lo sirvo niña?

Amalia:—*(Mirando su labor y siguiendo su pensamiento).* Hoy no podré concluirlo de ninguna manera. *(A Josefa).* Sí, pero té solo.

Josefa:—*(Sirviendo).* ¡De juro! Té solo. Di ande vá á sacar ganas de comer si está tuito el día agachada con esos bordaos. ¡Si enferma na más que verla tan empeñosa!

Amalia:—No lo he sido suficiente. Mañana llega Manuel y temo no concluirlo. ¡Nada de regalos! ¡Qué bochorno!... ¡Y en este pueblo que no se encuentra cosa alguna digna de él.... *(Alejando el bastidor para dar perspectiva á los bordados).* ¿Te gusta?

Josefa:—*(Instintivamente se recoje el delantal como si temiera mancharlo y procurando entender el dibujo).* Ansina á de ser. Hecho por la niña Amalia, lindo y fino. *(Vuelve á mirarlo).* ¡Qué pañuelo más floreao!

Amalia:—*(Sonriendo).* ¡Pero Josefa! Si no es un pañuelo.

Josefa:—¿Y d'iái? ¿Qué es pues? Tampoco son zapatillas....

Amalia:—¡Pero mujer! Tú no concibes más que pañuelos y zapatillas. Es algo mejor que todo eso. Es el fondo de un cuadro.

Josefa:—¡Jesús María! Un cuadro... ansina... sin pintura. ¿Y cómo va á hacer pa entenderlo don Manuel?

Amalia:—El trae lo que hace falta para que tú lo entiendas. Esto es el fondo del cuadro y las figuras serán las medallas que Manuel ha sabido conquistar durante su servicio en el ejército.

Josefa:—De juro que naides s'atrevió á hacer lo que él.

Amalia:—No por cierto. ¡Salvar á una mujer de entre las llamas cuando el edificio incendiado iba á derrumbarse! Los jefes lo han premiado como al más valiente de los soldados.

Josefa:—Siempre ha sido el mesmo. Dende chico era un lión. Usté, niña, no se puede acordar. El patrón lo trujo aquí cuando al pobrecito se le murieron los padres, y, es claro, como era su aijáu lo crió como ray. Entonces era un charabón que parecía el mesmo diablo. Dispués se hiso hombre, de repente, cuando l'enfermedad del patrón.¿Se acuerda niña?

Amalia:—No es posible olvidarlo. Si no hubiera sido por él, entonces, toda nuestra hacienda se la habría llevado el viento. Las malas gentes creían que mi padre no podía vivir mucho. Invadieron la casa como buitres hambrientos suponiéndola indefensa en mis manos. Pero se engañaron. Ni mi padre murió, ni la casa estaba indefensa. ¡Fueron cuatro años de luchas sin descanso que tuvo que resistir Manuel!

Josefa:—Hubo de hacer juerza pa que no lo boliaran. Pero pa algo aprendió allá en Güenos Aires á manejar la letra menuda.

Amalia:—Más que sus estudios le valieron en esa ocasión su energía y su inteligencia.

Josefa:—Y también niña, le valió el haberse criao aquí, en el campo, porque el que conoce las viscacheras sabe disconfiar cuando anda montao. ¡Si daba gusto ver como

l'iba cortando *(señalando las uñas)*... la letra al procurador. *(En tono confidencial)*. Y yo sé de dónde sacaba la cencia pa manejar tantas cosas....

Amalia:—¿De dónde supones tú?

Josefa:—Del cariño á usté, niña. Una vez l'oí al patrón cuando él craiba que s'iba yendo pa siempre, que su pena más grande era dejarla sola y pobre. Don Manuel me parece que le dijo ansina: *(acentuando)* «Pobre no, con mi trabajo no hay miedo. Sola... si ella quiere». Y dende entonces empezó á regolver la estancia y la chacara y á trair tuito nuevo en la casa. ¡Qué carcumen! ¡Qué siñuelo es el amor! Lo qu'es en el campo... *(Se oyen voces del lado derecho del foro)*. ¡Pero niña! El té s'anfriao. *(Palpa las teteras)*.

Amalia:—No importa. No tengo deseos de tomarlo, llévatelo. *(Josefa sale)*.

ESCENA II

DICHA Y DON LUIS

(Don Luis viste traje de montar. Al entrar por la puerta derecha del foro se vuelve y desde el umbral ordena á un peón que no es visible). Véte á la quinta que el quintero tiene que darte una canasta con frutas. ¡Cuidado con lo que traes! ¿Oyes? *(Se vuelve)*. Buenas tardes hija.

Amalia:—*(Se levanta apenas lo vé llegar para ir á su encuentro. Lo besa en la frente)*. ¡Por Dios papasito! ¡Cómo vienes de tierra! *(Toma un cepillo de sobre una mesa, para quitarle el polvo)*.

Don Luis:—*(Dejándose caer fatigado en un sillón)*. No te incomodes. Deja. De todas maneras tengo que cambiarme en seguida.

Amalia:—*(Regañando mimosamente)*. ¿Y por dónde has estado para venir de este modo?

Don Luis:—He ido hasta Las Lomas, al puesto de Régino.

Amalia:—A estas horas! Pero es una temeridad papasito!

Don Luis:—Una temeridad... Hoy mi Amalia no está galante conmigo *(fingiendo melancolía)*. Tú me adviertes por que me vés viejo.

Amalia:—¡Oh! no, mi *(hace como que busca una palabra)*... antiguo papá! Es que hoy ha hecho un sol! Mira; por entrarse ya, y como está el campo.

Don Luis:—*(Mirando por la ventana el luminoso sol*

poniente). El campo... El sol... ¡Cuánta belleza! No. Ellos no pueden hacer mal á quienes los han sabido amar. *(Amalia se sienta y queda ensimismada).* Yo, hijo adoptivo de la pampa le soy fiel desde hace treinta años, y me conoce. Mi primera juventud, pasada allá en las egoistas ciudades, me ha enseñado á amarla en toda su generosa grandeza... Ella solo castiga á los falsos hijos. *(Pausa. Amalia sigue en su abstracción).* Ya he caido en las filosofículas. Mal síntoma ¿eh? *(Amalia silenciosa. Transición).* Este paseo me ha puesto contento. Ya verás la que le espera á Manuel. Estuve ultimando los preparativos para darle una sorpresa. ¡Qué sorpresa! No se la puede figurar. Ya verás. Es claro que tiene que ser en Las Lomas. *(Observando á Amalia).* ¿Pero tú me escuchas?

Amalia *(Sorprendida).* Si papá. *(Vuelve á su abstracción).*

Don Luis:—*(Paseándose).* ¡Las Lomas! ¡Quién hubiera dicho que un campo por completo inservible iba á resultar nuestra mina de oro. Todo estaba en saber aprovechar aquel hilito de agua que corría por Las Lomas Grandes. No hubo más que cerrar con un paredón la punta de ellas para embalsar las aguas y tuvimos en seguida una laguna hermosa que ha sido la salvación. Ha venido seca y nuestra hacienda no la ha sentido. ¡Ni un animal muerto! ¿Y las chacras del bajo? Con unos zanjones que llevaban el agua, quedaron salvadas. Aquel hilito de agua fué una bendición del cielo, es decir, fué una idea de Manuel, que el cielo por cierto, poco clemente se mostró en esa ocasión. Y cuando uno empieza á ir con pie derecho todo anda bien. En poco tiempo este pueblo creció, los campos doblaron su precio y tenemos un ganado que es una maravilla. Para hacer obra, ahora, con las reformas que proyectamos *(A Amalia).* ¿Pero en qué estás pensando, hija? ¿Tú no me escuchas?

Amalia:—Sí papá....

Don Luis:—¿No estás contenta? ¿Eh?

Amalia:—Sssi...

Don Luis:—Vamos, esa manera de decir, si, me alarma. No es natural. ¿Porqué haces esos gestos?

Amalia:—¡.....!

Don Luis:—*(Con ternura).* Amalia, hija mía. Tú sufres. Vamos, cuenta á tu... antiguo papá, porqué estás triste. ¿Con quién estás disgustada? ¿Es conmigo? ¿No? Es con Manuel.... *(Amalia asiente).* Es claro. ¿Alguna cosa que

no podré saber, un reproche íntimo? ¿Le quieres siempre.... ó no tanto?

Amalia:—*(Vivamente)*. Sí, sí, siempre. Es que me parece.... *(Pausa)*.

Don Luis:—Vamos niña, cuéntame. Entre los dos hemos de hallar el remedio.

Amalia:—*(Tristemente)*. ¡Oh papá! Tengo una angustia, si supieras. Manuel no es el mismo de antes. Ha cambiado mucho de un tiempo á esta parte..... ¡Pero mucho!....

Don Luis:—*(Tranquilizado)*. ¡Pero hija! ¡Qué imaginación tienes! ¿Por donde te han llegado tales noticias? ¿Cómo puedes saberlo á ciencia cierta?

Amalia:—¿Cómo lo sé? En una forma que no hay lugar á dudas; por sus cartas. El siempre me ha escrito todo: lo que hacía, lo que pensaba. Leía una de sus cartas y me parecía oirlo á él mismo, así como es él, claro y bueno.... Pero desde hace un tiempo yo no le conozco. ¡Oh! no. Me escribe cosas extrañas, cosas de las que nunca me ha hablado: de las gentes del cuartel, del deber, de la ley militar, ¡ay papá! *(Próxima á las lágrimas)*. Yo no lo entiendo. Si no me escribe como antes, es porque algo me oculta.

Don Luis:—*(Conmovido y sin atreverse á expresar su pensamiento)* ¡Bah!... Tú dudas... porque supones que ha transcurrido el tiempo suficiente.... para que alguna mujer....

Amalia:—Eso nó. Me amaba demasiado para olvidarme tan pronto. Yo misma no sé explicarme. Presiento algo extraño que me aflige y no alcanzo á comprender. *(Pausa)*.

Don Luis:—*(Preocupado)*. ¿Y desde cuándo notaste ese cambio en Manuel?

Amalia:—Desde hace dos meses.

Don Luis:—Amalia, no hay que ir muy lejos por la explicación. Tú sabes que hace dos meses su compañero de la infancia, con quien marcharon juntos á la conscripción, su único amigo, fué acusado de insubordinación y condenado á muerte.

Amalia:—Yo también lo he pensado ¡y mucho! Comprendo todo su dolor y concibo lo terrible que será ver caer así, brutalmente, al amigo. Pero este sufrimiento no puede llegar hasta hacer cambiar su manera de ser.

Don Luis:—Considera que un amigo es el hermano ideal que uno ama más aún que el que la naturaleza nos dá. Perdiéndole se pierde muchas veces, una parte de sí

mismo. Estas crueldades de la vida suelen herir más hondo de lo que uno supone y á más de un corazón. Recuerda aquellos pobres padres.

Amalia:—No los he olvidado. Pobres padres de Andrés. Don Mariano á punto de perder la razón y doña Rosa que vive llevando una carga que acabará con sus fuerzas. *(Pausa).*

Don Luis:—Bueno, hija; no nos amarguemos los momentos por anticipado. *(Levantándose).* Mañana llegará nuestro militar y yo conozco cómo hacer para que todo se vea color de rosa. El secreto está en hacer unas bodas á tiempo. Ahora espantemos los pájaros ¿eh? *(Levantando la cabeza de Amalia, que la inclina pensativa).* ¿Contenta? *(Amalia asiente sonriendo silenciosa).* Bueno; un beso á papá. Prontito. *(Amalia lo besa).* Es hora que me cambie esta ropa. Ven á prepararme otra, ya que eres la que la entiendes y cuidas. Y tú también. Hoy te pondrás buena moza, para mí, que mañana lo harás para el otro.

Amalia:—¡Celoso! *(Se dirigen hacia la derecha).*

Toribio:—*(Criollo feo, de pelo muy lacio).* Patrón aquí están las verduras y las frutas que me encargó juera tragiendo. *(Toribio no entra en escena y habla desde la puerta derecha del foro).*

Don Luis:—¡Ah bien! ¿Y son buenas?

Toribio:—Mejores no se pudo hallar, patrón.

Don Luis:—*(Llamando).* ¡Josefa! *(A Amalia).* Pasa, hija. *(Amalia sale. Aparece Josefa por la puerta izquierda del foro).* Ahí te traen para hacer algo bueno, lo mejor de la quinta. A ver si te esmeras, que es para don Manuel. *(Váse por la derecha).*

ESCENA III

Josefa y Toribio

Josefa:—*(Al sentir sonar el piso bajo las grandes botas de Toribio que se dirige á ella cruzando la escena).* Sofrená ché. Pa donde vás mancarrón?.. no ve la zanja? ¿No ves el piso ricién lavao? *(Toribio sale por la puerta derecha. Josefa mirándolo).* ¡Válgale las barcarolas al cristiano, que de no se auga! *(Josefa sale por la izquierda y aparece en el marco de la ventana. Solo á ella se la verá. Toribio queda oculto por la pared).* A ver.... larga eso. *Mirando la canasta que le alcanza Toribio).* Ta güeno. Linda fruta. ¿Y de los durazneros del fondo no tragiste nada?... ¿Ni pa vos tampoco?... A ver... ¿Qué tráis allí en el bolsi-

llo?... Si, si. Se te está reventando... ¡No te digo!... ¡El mejor!.. Pero si había sido cachafaz! El mejor para él.

Toribio:—*(Haciéndose visible)*. Era pa usté prenda.

Josefa:—¿Pa mí? Pero véanlo. Haciéndose el manate con cosa agena.

Toribio:—¿El manate? Pueda que sí. Lo que es corazón no falta.

Josefa:—¿Y qué hacés con todo el que te sobra?

Toribio:—Querer á la del rancho d'enfrente.

Josefa:—Oiganló al crespito. No hace falta diclaración. Andá golpiár á otro lao ché. Ligerazo el crespito.

Toribio:—Dispense, que usté necesita un mocito de pelo apretado y lambido, como uno que conozco.

Josefa:—No confundás ché. Ni mucho ni poco, na más que honrao y limpio.

Toribio:—Hubiera avisao ña Josefa, pa que luego no se m'olvide de trairle un jaboncito de olor.

Josefa:—¡Jaboncito! Jaboncito necesitás vos. Ya te he dicho, andá golpiá á otro lao. Soy criolla del pago. Aquí he trabajao dende que me conozco. Los patrones me quieren como e la familia y no me dejan faltar nada, ¡ni jabón ché!

Toribio:—¡Cómo se sube la leche al fuego!

Josefa:—¿Porqué no te levantás vos, á ver si alcansás. *(Transición)*. Pa que apriendas ché á tratar con gente que se lava, te voy á mostrar lo que me regaló la niña. ¡Aura verás crespito! *(Josefa entra á escena por la izquierda y vá á una de las piezas interiores, volviendo con un vestido negro de seda. Lo muestra á Toribio asomado á la ventana y sin salir de la escena)*. Disculpe la tardanza.

Toribio:—*(Después de mirar el vestido)*. L'an jorobao ña Josefa. *(Quiere tocarlo.)* ¿A ver?

Josefa:—Del lao di'adentro ché, que hoy te levantaste tarde y no te pudiste lavar la cara.

Toribio:—¿No le dije? L'an jorobao.

Josefa:—*(Perpleja)*. Si sos un... *(decidida)* ¿No es un traje fino? Decí, decí.

Toribio:—¡Qué vá ser! Si es del mismo género del paragua del patrón. Servirá pa cuando llueva.

Josefa:—¡Inorante! Mi vestido seda de paraguas. *(Probándose por encima de las ropas)*. ¡Si parece que ya sé tocar el piano! *(A Toribio que se vá)*. ¡Ah! Ché. Me olvidaba. Te vás al galpón del fondo ¿sabés?

Toribio:—Si.

Josefa:—Fijáte allí donde está el coche ó en el pa-

lenque que han tráido una punta de bozales nuevos. Alguno ti'a de cair bien. *(Sale llevando el vestido, por la puerta izquierda).*

Toribio:—¡Qué ña Josefa esta! *(Sacando algunos duraznos de la canasta).* En fin, qué le vamos á hacer. Algo no es todo. *(Váse).*

ESCENA IV

Don Luis y Josefa

(D. Luis ha cambiado de saco. Se sienta junto á una mesa á la derecha y toma un periódico cuya faja rasga lentamente. La luz del sol se vá apagando).

Josefa:—*(Entrando por la puerta izquierda).* ¿Le cebo el amargo, patrón?

Don Luis:—Si. *(Josefa mutis).* Es extraño. Presentimientos en ella. Manuel es tan bueno. Además, su última carta es tranquilizadora. Está llena de ternura. El muchacho está ansioso por volver á su casa á entrar de nuevo en la vida. *(Josefa trae el mate. Don Luis se levanta, toma el mate y en tono serio).* ¿Hoy has estado todo el día aquí?

Josefa:—Sí patrón. Tuito el día. Si hay que regolver tuita la casa y almarios pa dar satifación...

Don Luis:—*(Interrumpiéndola).* Vas á decirme la verdad ¿eh?

Josefa:—Mande patrón.

Don Luis:—Tú que estás todo el día con ella debes saberlo. ¿La niña ha recibido algún disgusto hoy?

Josefa:—*(Sorprendida).* Que yo sepa... no patrón *(Pausa breve).*

Don Luis:—¿Ni tampoco alguna visita?

Josefa:—... Tampoco... L'único que vino jué el pión de doña Rosa á preguntar si estaba usté. Yo le dije que pa la oración estaría de güelta. ¡Ah! tamien m'encargó que le diera recuerdos de parte de doña Rosa y que le dijera que don Mariano seguía mejor.

Don Luis:—*(Devuelve el mate. Paseándose)* Pobrecita hija, me aflije en ella solo la sombra de un disgusto. Perdió la madre cuando niña y aquí en este pueblo, sin una amiga, sin su novo á quiien confiarse... Y poco puede alegrarla la compañía de este viejo achacoso. En medio de esta pampa no se brindan novedades que la distraigan. Todo debe obrar en su imaginación haciéndole ver cosas que no tienen razón de ser. *(Se oyen unas palmadas á la derecha).*

Josefa:—*(Ha quedado escuchando á don Luis en el último término. Se asoma por la ventana del foro al oir las palmadas).* Doña Rosa, patrón.

Don Luis:—Que pase, que pase. *(Josefa sale por la puerta derecha y entra acompañando á doña Rosa).*

ESCENA V

DON LUIS, DOÑA ROSA Y JOSEFA

(Durante esta escena la luz irá disminuyendo gradualmente hasta el crepúsculo).

Don Luis:—*(Al ver entrar á doña Rosa).* ¡Por fin se la vé por aquí, señora! *(Josefa sale por la izquierda con el mate y la canasta).*

Doña Rosa:—*(Viste de luto riguroso).* ¿No vengo á incomodar, Luis?

Don Luis:—Incomodar usted, mi vieja amiga *(Se dan la mano).* Si esta es su casa. ¡Qué ocurrencia! *(Señalando un sillón).* Siéntese aquí Rosa. *(Se sientan).* Y ahora veamos ¿porqué tanto tiempo ausente de sus amigos?

Doña Rosa:—*(Confundida).* Es que yo....

Don Luis: — Amalia siempre preguntando por usted sin llegar á presumir el por qué se ha alejado de nosotros.

Doña Rosa:—Es que mi esposo... nosotros,... estamos en una situación difícil y las deudas que tenemos con usted son tantas...

Don Luis:—Esas palabras me dicen que su visita responde á cuestión de intereses.

Doña Rosa:—Es preciso....

Don Luis:—Entonces Rosa, me disculpará. Hoy no tengo cabeza para lidiar con ellos.

Doña Rosa—*(Decidida).* Luis, mañana llegará Manuel y volveremos como hace dos años sin saber á quien acudir para arreglar. Nosotros le debemos el arriendo del campo nuevo, los útiles de labranza que le facilitó á....

Don Luis:—*(Interrumpiendo).* ¡Por favor! No siga. Esas cosas corren por cuenta del administrador. Yo no entiendo. Véase con él.

Doña Rosa:—Pero si Manuel no quiere entenderlas y me manda á usted.

Don Luis:—¡Qué ahijado este! El caso se complica. *(Pausa).* Bueno. Llamaremos á un tercero en discordia. Amalia decidirá la cuestión.

Doña Rosa:—*(Con energía)*. Eso nó, Luis. Es lo mismo que perdonarnos las deudas.

Don Luis:—*(En tono serio)*. Rosa, créame. Yo no he querido hacer caridad. Pero usted se ha olvidado que hace treinta años cuando vinimos á estos desiertos resueltos á conquistarlos, nuestras familias, acercadas por la educación igual y ligadas después por el afecto, formaron una sola y todo nos fué común por mucho tiempo, hasta la tierra que era entonces de quien la quería tomar. La suerte vino á desnivelarlo todo. Quiso favorecerme y en cambio nada ha hecho por ustedes. Es preciso corregir los errores de esa ciega. *(Josefa entra y dá el mate á doña Rosa)*. De manera que no se hable más. Esto queda definivamente arreglado, sinó será preciso recurrir á Amalia.

Doña Rosa:—Luis, es demasiado...

Don Luis:—¿Usted toma dulce?

Doña Rosa:—Si.

Don Luis:—*(A Josefa)*. ¿Es dulce?

Josefa:—Sí, patrón. Conozco el gusto de doña Rosa

Don Luis:—¿Y mi hija? ¿Dónde está?

Josefa:—La niña Amalia está en su cuarto vistiéndose.

Don Luis:—Avísale que ha llegado doña Rosa. *(Josefa mutis por la derecha)*. ¿Y cómo sigue el enfermo?

Doña Rosa:—El médico asegura que pronto se curará. La enfermedad va cediendo poco á poco.

Don Luis:—¿Y ya no vuelven los ataques?

Doña Rosa:—De día lo pasa bien. De noche se transforma y empieza á delirar. Llama á Andrés, me lo pide, dice que es imposible que esté muerto, que se lo hayan muerto. ¡Ah! cuánto dolor en estos meses! ¡Pobre mi Andrés! Matarlo así. *(Devuelve el mate. Transición)*. Para eso me lo llevaron y le hicieron servir. Es lo que pide la patria á sus hijos. Los años mejores de la vida, los sacrificios más dolorosos y luego por una falta, la muerte. Así se llega á ser soldado. Eso es servir á la patria. ¡El ejército! Más vale decir presidio de los hombres honrados.

Don Luis:—No diga eso, Rosa, no lo diga. El dolór habla en usted y le hace confundir las cosas.

Doña Rosa:—¿No estoy en lo cierto acaso, ó supone usted que mi hijo fué muerto con justicia?

Don Luis:—Cálmese mi buena amiga, estoy muy lejos de pensarlo. No. Yo no creo tal cosa. Pero usted habla de la patria y del ejército y los condena. Eso tampoco es justo. El nombre de la patria es sagrado, debemos respetarlo.

Si ella se conserva en su integridad es porque hay aún quien sabe defenderla. Si faltara el ejército ¿qué sería de nosotros? Nos veríamos en un momento despedazados por los ambiciosos que de todos lados nos acechan. *(Transición)*. Pero perdóneme, amiga mía. Estoy hablando de cosas que frente á su dolor, muy poco pueden interesarla.

Doña Rosa:—¡Mi dolor! ¡Oh no! No sé porqué después de dos meses de sufrimientos puedo volver á recordar aquel cuadro sin que la pena me trastorne. Más aún. Ahora siento el extraño deseo de conocer todos los detalles que me han ocultado siempre. Usted debe saberlos por Manuel, que iba en la expedición y en la misma compañía.

Don Luis:—Sí. El nos lo refirio todo, pero nada de nuevo agrega á lo que usted sabe. No pudo ver sino el hecho consumado. Nos escribía que el oficial era un hombre de mal genio y que debió ser él el provocador. Pero no hubo pruebas. *(Relatando)*. Formada la tropa, se ordenó ejecutar un movimiento, que Andrés equivocó. Irritado el oficial debió dirigirle algunas palabras que indignaron al muchacho. Pero lo que medió entre ellos no se pudo saber con seguridad. El oficial pretendió imponerse haciendo ademán de sacar armas. Andrés, suponiendo quizas su vida en peligro, se abalanzó sobre él y logró desarmarlo. En la lucha, desgraciadamente, lo hirió con las mismas armas que le quitara. Fué lo suficiente para el juicio sumario. Era un acto de insubordinación que resultaba peligroso para la disciplina de un ejército así aislado, en la pampa... Poco después todo había concluido. *(Pausa. Doña Rosa se enjuga las lágrimas reprimiendo los sollozos)*.

Doña Rosa:—¿Lo ve usted, Luis? ¿Quiere una cosa más horrible? Mi hijo, que jamás había merecido un reproche de nadie.

Don Luis:—Bien lo conocía. Incapaz de nada villano. Ha sido una de las víctimas de esta disciplina de hierro.

Doña Rosa:—¡Una víctima! Si. Eso fué. *(Amargamente)*. Una disciplina que necesita hacer víctimas porque no existen culpables.

Don Luis:—Los que han hecho estas leyes han creido que solo el terror puede evitar la desorganización total de un ejército.

Doña Rosa:—¡Infundir el terror con el cadáver de un hombre bueno! ¡Pero es inhumano!

Don Luis:—Es inhumano. Sí que lo es. *(Con desesperanza)*. ¡Y pensar que aún no se ha encontrado nada supe-

rior para mantener esa disciplina! Sin ella no hay ejército y sin ejército no hay patria.

Doña Rosa:—¡Ah Luis! Yo no soy más que una madre dolorida que no conoce nada, que solo busca la razón de su desgracia y no la puede hallar. Pero en mi ignorancia yo entiendo, que á la patria se la debe servir por amor, no por miedo. Un soldado que marcha por temor, es un mal soldado y en lugar de amar á su bandera, en el fondo, quizás, la aborrezca. Mi hijo la hubiera obedecido siempre con toda su alma y su corazón; como me ha obedecido á mí... por amor... Y en cambio... *(Se interrumpe sorprendida, y quedan un momento en silencio prestando atención al foro).*

Don Luis:—¿Ha oido usted?

Doña Rosa:—Sí. Me ha parecido escuchar un canto. *(Pausa).*

Josefa:—*(Entrando precipitadamente).* ¡Patrón! ¡Patrón! ¡Han llegao los conscritos!

Don Luis:—¿Estás segura?

Josefa:—Sí, patrón. Los han licenciao un día antes.

Don Luis:—¿Quién te ha dado la noticia?

Josefa:—Toribio, que jué á l'estación por la correspondencia y en cuanto los vido se vino á la carrera en el overo.

Don Luis:—¿Y Manuel? ¿Vió á Manuel?

Josefa:—A don Manuel dice que no l'a vido.

Don Luis:—*(Con extrañeza)* ¡Que no lo ha visto! ¿Si no vendrá con ellos?... No se habrá fijado bien. Han de llegar todos juntos. *(A Josefa)* Dame el sombrero que quiero ir á su encuentro. ¿Vienen por el paso?

Josefa:—No patrón. Vienen por el camino de l'estación, y van dando la güelta. *(Le alcanza el sombrero).*

Don Luis:—*(A doña Rosa).* Supongo que quedará á cenar con nosotros.

Doña Rosa:—*(Tristemente).* No puedo Luis. Mi enfermo me necesita. Siento irme sin saludar á Amalia, pero usted lo hará por mí. Le dirá que le deseo todas las felicidades... *(Solloza. Don Luis la acompaña solícitamente, y ambos salen por la derecha del foro).*

ESCENA VII

Josefa y Amalia

Josefa:—¡Pobre doña Rosa! Ella tamien esperaba á su hijo. Ansina es la suerte. *(Amalia desde el interior á la derecha).*

Amalia:—¡Josefa! ¡Josefa! ¿Es cierto que vienen los conscriptos?

Josefa:—Sí, niña; por el camino de l'estación. Entoavía tardarán en llegar. Aura parece que se sienten di aquí.

Amalia:—*(Entra por la derecha. Viste un traje sencillo y elegante. Queda silenciosa é interrogante escuchando el canto «Mi Bandera», que se oirá apenas perceptible. Las primeras frases musicales serán cortadas y débiles como si las ráfagas esparciéndolas no las dejaran oír por entero; las últimas se percibirán íntegras y más claramente. Cesan los cantos).* Son ellos. Si, son ellos. ¡Qué felicidad! Ya deben estar cerca de aquí *(Transición)*. ¡Por Dios qué oscuro está esto! Trae luz, Josefa *(Los cantos recomienzan. Josefa sale y vuelve con la luz. Amalia mientras, nerviosa, aturdida, vá de un lado á otro arreglando y desarreglando los objetos que hay sobre las mesas. A Josefa)*—¿Ya estarán cerca?

Josefa:—Entoavía no. Si andan recién por lo de Basilio. Voy al fondo á ver si los colijo. *(Josefa sale)*.

ESCENA VIII

Amalia y Manuel

(Viste traje de conscripto. Desde la puerta derecha queda un momento mirando á Amalia que estará vuelta de espaldas, junto al extremo izquierdo del sofá).—¡Amalia!

Amalia:—*(Se vuelve vivamente)*—¡Manuel!—*(Se contemplan un instante. Amalia vencida por la emoción, anhelante, inclina la cabeza y busca apoyo en el sofá. Manuel da dos pasos hacia ella y se detiene. Observa à su alrededor como reconociendo la casa, se oprime la frente y luego, al ver á Amalia próxima á desfallecer, corre á estrecharla entre sus brazos)*.—¡Manuel!

Manuel:—¡Amalia mía!... Tú... en mis brazos. *(Pausa. Amalia, desfallecida de emoción, se sienta en el sofá. Manuel mirando á su alrededor)*. ¡Mi casa!... ¡Mi novia!... Esto era un sueño que ya parecía no volver. *(Sentándose en el sofá)*. Amalia. Dos años que no oía tu voz, ni te sentía á mi lado, que nada hablaba a mi alma dulcemente con acentos amigos. ¡Cómo he podido vivir lejos de aquí con tantas amarguras sin el consuelo de tu amor! *(Pausa)*. Amalia mía!

Amalia:—*(Como hablando consigo misma)*. No me engaño. Me ama siempre. ¿No te has olvidado de tu Amalia?

Manuel:—¡Si yo pudiera decirte cómo conmueve tu sola presencia lo más hondo de mi ser! ¡Si encontrara palabras que dijeran mi amor para tí! Yo te evocaba siem-

pre, en todos los instantes, en las horas de soledad, cuando despertaba en la noche en medio de la cuadra silenciosa y fría del cuartel, ó allá, perdido en la pampa solitaria. Y tu suave figura era en mi vida, que iba despeñada como un torrente, un remanso sereno y claro. Mi alma agitada se miraba en él y de nuevo hallaba la paz. Bebía un sorbo de esa visión, y podía vivir otro día. *(Pausa. Se inclina lentamente y la besa).*

Amalia:—Manuel. Ya no nos separaremos más.

Manuel:—¡Oh no! Nunca más. Ahora eres mía.

Amalia:—No te separes de mí, tengo miedo. No quiero volver á sentir esos tristes presentimientos que me atormentan en tu ausencia..

Manuel:—¿Presentimientos? ¿Y qué es lo que temes Amalia mía?

Amalia:—¡Oh, nada! Fué un mal sueño que tuve....

Manuel:—*(Mirándola mientras la toma de las manos).* Un mal sueño. ¿Sólo un mal sueño? *(Amalia esquiva la mirada).* ¿Y qué soñaste que tanto te apenó. *(Pausa).*

Amalia:—... Que estabas enfermo. No sé.... Que no vendrías nunca. Ya lo vés, niñerías, nerviosidades, cosas que se irán ligerito con tu llegada. *(Sonriéndole).* ¿Sabes? Esta es la medicina que me recetó el doctor papá. ¡Mucho, mucho Manuel! Manuel á dosis heróicas.

Manuel:—Pues este doctor me parece muy sabio. ¿Y dónde está? ¿Dónde está padrino?

Amalia:—Fué á tu encuentro por el camino de la estación. Te suponía con los compañeros.

Manuel:—*(Súbitamente serio).* No quise venir con ellos, por llegar más pronto. Corté por el paso. Hubiera deseado estar aquí en seguida. ¿He hecho mal?

Amalia:—No por cierto. Son minutos ganados á la felicidad. ¿Oyes? Me parece que llegan. *(Rumor de voces y un ¡Viva la Patria! Las voces se dán en el patio; por lo tanto llegan sin gran fuerza á la escena).*

ESCENA IX

AMALIA, DON LUIS Y MANUEL

Don Luis:—*(Desde el interior).* ¿Dónde está? ¿Dónde está? *(Entra á la escena por la derecha. Se dirige hacia Manuel con los brazos abiertos).* ¡Hijo mío!

Manuel:—¡Padrino! *(Se abrazan).*

Don Luis:— *(Conmovido).* Por fin entre nosotros. Ya

era tiempo que volvieras. *(Señalando á Amalia)*. Había aquí mar de fondo y con perspectivas sombrías.

Manuel:—Una falsa alarma padrino. El mar está en bonanza.

Don Luis:—Sin embargo *(Se detiene al ver á Amalia que se lleva el índice á los labios para pedirle silencio)*. Callaré, pero ¡cuidado con repetir *(Contemplando á Manuel)*. ¿Sabes que eres todo un apuesto militar? ¿eh? Las fatigas del ejército no te han debilitado.

Manuel:—No padrino.

Don Luis:—Dos años... dos años que todos los días pensábamos cuándo te tendríamos de nuevo. En fin... ya han pasado. *(Transición)*. ¿Y tú no me dices nada? ¿Cómo me encuentras?

Manuel:—Muy bien, padrino.

Don Luis:—¿No te parece que rejuvenezco?

Manuel:—Está usted muy bien.

Don Luis:—*(Repite las últimas palabras, imitando el tono)*. Está usted muy bien. Es demasiado lacónico para ser cortés. Bueno; más tarde nos desquitaremos. Ahora los compañeros te piden que vayas, esperan en el patio para beber contigo la copa de despedida.

Manuel:—Tiene razón. Yo he desertado en la última hora. Es necesario que vaya á acompañarlos. *(Se dispone á salir)*.

Amalia:—¡Oh! Tan pronto no. Que esperen un momento. Si apenas llegas.

Don Luis:—Es verdad. Esto no es posible. Vaya, yo me encargo de disculparte por unos instantes más. Mientras, les haré servir algo de la bodega.

Amalia:—Si quieres ser galante acuérdate que mañana hay fiesta en Las Lomas.

Don Luis:—Ya lo creo, hija. Más aún, haré una doble invitación, pues con esta quedan invitados para la otra.

Manuel:—¿La otra?

Don Luis:—*(Melancólicamente)*. Sí, para dentro de un mes, para vuestras bodas.

Manuel *(Deslumbrado)*. ¡Padrino! *(Don Luis sale)*.

ESCENA X

AMALIA Y MANUEL

Amalia:—*(A Manuel que se sienta pensativo en el sofá)*. ¿Qué piensas, Manuel?

Manuel:—En padrino, Amalia. ¡Cuánto corazón!

Amalia:—Vieras sus alegrías con tus cartas, con el más pequeño de tus triunfos, y su pena al suponer alguna vez que te encontrabas mal, allá en el ejército. *(Acentuando gravemente)*. Y cuando supimos aquello...

Manuel:—*(Durante todo el diálogo estará obsesionado por una idea)*. ¡Cómo!... Aquello... Ustedes supieron... Pero ¿qué cosa supieron?

Amalia:—*(Con extrañeza)*. ¿Qué cosa? Si lo dijeron todos los diarios. Vaya un secreto. *(Como recitando)*. El acto heróico del soldado Manuel Ramírez.

Manuel:—*(Como librado de un peso)*. Ah, sí... Es cierto. *(Algo despectivo)*. Fué aquella pobre mujer que salvé de un incendio. Se trataba de subir por una cuerda á un balcón... y.... eso es todo.

Amalia:—Pero si los diarios dijeron que tu vida corrió peligro, que fué un acto temerario y te hacía acreedor á la más alta recompensa.

Manuel:—*(Sin lograr recobrar la calma)*. Ah, sí... En cierto. Fué un acto temerario... un acto heróico. *(Con voz sorda y violenta)*. Así se les llaman, actos heróicos, y se les dan las más altas recompensas. Y en cambio los otros, aquellos que merecen el mayor premio. los que quizá merecieran alcanzar la gloria, esos permanecen siem..... *(Se interrumpe)*.

Amalia:—*(Angustiada)*. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que dices? Me asustas.

Manuel:—*(Pausa. Buscando calmar sus nervios)*. Perdóname Amalia mía. Esta vida de cuartel me ha trastornado. *(Pone una mano sobre el bastidor)*. Ya lo vés. No recuerdo ni cómo se debe estar al lado de una novia *(Mira el bastidor)*. ... y después el viaje tan largo y fatigoso me ha puesto así.

Amalia:—Pero en verdad ¿no te sientes mal?

Manuel:—Si estoy perfectamente *(Tratando de demostrarse jovial)*. Vaya, ¿apostamos á que adivino? *(Señalando el bastidor)*. Esto es algo que mi Amalia ha hecho para mí... trabajando mucho... todo el día... *(Amalia asiente silenciosa)* y también de noche, para que la dejaran soñar despierta con su novio, sin que nadie se enterara del pecado que cometía.

Amalia:—*(Tranquilizada)*. ¡Oh si! Tú lo has dicho bien. Pero sigue. Ya que adivinaste cómo bordé, adivina ahora ¿qué es lo que bordé?

Manuel:—*(Algo confundido)* ¡Ah!... ¿qué bordaste?... pues... Es mucho adivinar... ¿Acierto?... Un pañuelo.

Amalia:—*(Alegremente)*. ¡Qué mal! ¡Qué mal! No es. Nó.

Manuel:—Es algo para mí, para mi uso *(Pausa)*. Ya entiendo. Como pronto nos casaremos, me haces un regalo que me diga elocuentemente: «Quedate siempre en casa». Son... zapatillas.

Amalia:—¡Qué mal! ¡Qué mal! No son, nó. Mis pobres bordados han de ser siempre pañuelos ó zapatillas. No es, nó.

Manuel:—Pues no acierto...

Amalia:—No acertarías mal adivino. He pensado más alto, he pensado en el nombre que has conquistado en el ejército y que nos honra á todos. Es un fondo para guardar tus premios.

Manuel:—*(Demudado)*. ¡Mis medallas!

Amalia:—Y yo que creía que las traerías en el pecho, arrogantemente. Pero ¿las traes contigo? *(Manuel asiente)*. Ya no te pertenecen, dámelas. Son de papá, son mías *(Manuel á su pesar, lentamente, saca de un bolsillo interior de la chaquetilla, las medallas)*. Vaya, que yo soy muy poco modesta. Medallas así ganadas se muestran á todos *(Levantándose para ir hasta el bastidor)*. ¡Qué hermosas! Aquí irá la del campeonato del tiro de revólver, y aquí tu medalla al Valor Militar...

Manuel:—*(Violentamente)*. Nó, eso nó. No puede ser. *(Se levanta agitado)*.

Amalia:—¿Porqué dices que no? ¿No te gusta mi cuadro?

Manuel:—*(Con intensidad dramática)*. Tú no sabes Amalia. Mis medallas yo las desprecio, son mi martirio. Ellas no me engañan. ¿Para qué me sirven si no consiguen calmar este dolor que me quema en vida?

Amalia:—¡Por Dios, Manuel! Yo no te entiendo. ¿Porqué desprecias lo que tanto te honra?

Manuel:—*(Tratando de recobrarse)*. Amalia, tu me amas mucho, profundamente. Pero no basta, tu amor debe llegar hasta el sacrificio... Oyeme. *(Pausa, y después violentamente)*. Pero no... no he dicho nada.

Amalia:—Mis presentimientos no me engañaban. ¿Qué es lo que me ocultas, Manuel?

Manuel:—¿Cómo decírtelo, angel mío? Y bien, antes que otros... *(Se oye la voz de don Luis)*. Padrino. Me falta el valor.

ESCENA XI

AMALIA, DON LUIS Y MANUEL

Don Luis:—Bueno. Ahora es preciso que vayas. Tus compañeros exigen tu presencia. Dicen que esto no es propio de un «estratega». *(Observando el estado de Amalia y Manuel).* ¿Pero qué diablos tienen ustedes con esas caras fúnebres? Vamos, no seamos niños. No nos dejemos llevar por las impresiones. Hoy es día de alegría, nada de sombras. *(Viendo á Manuel que se lleva las manos á la garganta como si se ahogara).* ¡Hijo! ¡Hijo mío! ¿Qué te pasa?

Manuel:—*(Señalando la puerta derecha).* Ahí está... es ella... ¡Andrés! ¡Andrés!

ESCENA XII

AMALIA, DOÑA ROSA, DON LUIS Y MANUEL

Doña Rosa:—*(Entra por la puerta derecha. A su vista todos quedan en suspenso. Con el más intenso dolor y señalando á Manuel encorvado y abatido)*— Tú... tú fuiste... ¡Asesino! *(Manuel hace un gesto como para detenerla).* Sí. Asesino de mi hijo.

Amalia:—¡Rosa! ¿No lo reconoce usted? Es Manuel.

Don Luis:—¡Asesinado Andrés! Pero si su hijo fué condenado y fusilado.

Doña Rosa:—¿Y quién le fusiló? *(Amargamente).* He querido saberlo y pronto me lo han dicho. El, el amigo de la infancia. No podía ser de otro modo.

Manuel:—*(Implorando, lleno de angustia).* ¡Doña Rosa!

Doña Rosa:—Tú, hombre cruel... Le llamabas hermano, y bebiste su sangre.

Manuel:—No pudo ser sino así.... No pudo ser.

Doña Rosa:—Hombre sin compasión. ¿Cómo no pensaste que con la vida Andrés te llevabas la de dos pobres viejos?

Manuel:—No era yo. No era yo.

Doña Rosa:—¡Ah! Es que tú no sabes lo que es ser hijo...

Manuel:—¡Madre mía!

Doña Rosa:—Tú no supiste nunca lo que son padres.

Manuel:—*(Con desesperación).* ¡Basta! ¡Basta! Nó, yo no le maté. Fué la ley. No me digais á mí nada, que siento rompérseme el corazón. Fué la ley ¿ois? la ley. *(Dolorosamente).* Hace dos meses que sucedió... Hace dos meses

que no duermo, que vivo autómata, que solo pienso en aquello. Aquel recuerdo es un tormento que no puedo alejar de mí. *(Recordando la escena)*. Yo no sabía nada. Estábamos formados cuando pasó Andrés entre el pelotón. Me miró y aún me parece sentir aquella mirada que me daba el último adiós. A un lado de mi compañía se detuvieron, así lo quiso la fatalidad. Cuando el pelotón preparó armas, un soldado cayó desvanecido. Había que substituirlo. El oficial eligió un tirador y llamó: — ¡Soldado Ramírez! — Era para morir... Recuerdo que apenas pude decirle: — Soy su amigo. Y el teniente: — Yo también. Y sentí que aquella máquina formidable de la disciplina, me anulaba, absorbía mi voluntad, y con un fuerza invencible me trasportaba frente al banquillo. No veía ni sentía. Era imposible volverse, no hubiera podido. No era yo, era otro el que estaba frente á Andrés. De pronto brilló el reflejo de la espada del oficial que ordenaba ¡Fuego! Me pareció que me entraba por los ojos. Después... *(Pausa)*. Después, sí, pude ver. Entonces, sí, ví á Andrés con los brazos abiertos, extendido sobre el pasto, como besando la tierra. El teniente se acercó... y le puso el revólver en la sien...

Doña Rosa:—*(Tomándose la cabeza entre las manos. Con un grito)*. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Don Luis:—¡Esto es horrible!

Amalia:—¡Manuel! ¡Manuel! *(Doña Rosa cae desfallecida en el sofá. Don Luis y Amalia se apresuran á socorrerla. Manuel queda solo á un lado de la escena)*.

Don Luis:—¿Se siente mal Rosa?

Doña Rosa:—*(Pausa)*. No... Dejadme. Es preciso que me vaya. *(Se levanta penosamente)*. Mi día no ha terminado. Me esperan. *(Se aleja lentamente, apoyándose en los muebles)*.

Manuel:—*(Dá un paso hacia ella, como implorando una palabra de perdón)*. Doña Rosa... Doña Rosa....

Doña Rosa:—*(Volviéndose á mirarlo)*. Verdugos. Verdugos... *(Váse)*.

ESCENA XIII

MANUEL, AMALIA Y DON LUIS

Manuel:—*(Abatido)*. ¡Verdugo!... Es lo que fuí.... Y bien que lo fuí. Mi pulso no tiembla. Soy el primer tirador.

Amalia:—¿Tú verdugo? No. No, Manuel. No puede ser. *(Se abraza, llorando, á don Luis).*

Don Luis:—¿No puede ser? ¡Criatura inocente! *(Con sarcasmo, á Manuel).* Alégrate, hijo, no llores. ¿Qué has hecho si no lo más grande que ordenan las leyes humanas? Matar. ¡Matar! ¡Qué hermosa experiencia! ¿Y temes que te llamen verdugo? Aleja ese temor de tí. Cuando mataste á Andrés, ¿no sentiste delante de tu conciencia á la ley que te lo ordenaba y que te absolvía?

Manuel:—No, padrino. Ni yo pude, ni nadie podrá entender á la ley delante de un hombre que ha de matar. ¿Qué me ha hecho ese desgraciado para que yo deba quitarle la vida? ¿Cómo comprender que ese hombre que está allí, maniatado, tembloroso, casi enloquecido por el terror, es un ser despreciable á quien debo ultimar fríamente? Yo no lo entiendo. *(Pausa).* Y después... ¿Cómo olvidarle? ¡Oh no! Imposible. Quizá lo consiga ese hombre que en Francia aún guillotina á los criminales. Pero yo no. Andrés estará siempre fijo, delante mío. Su cuerpo que se desplomó y aquel agujero ensangrentado de la cabeza que escupía el cerebro ¡Ah! Ese recuerdo es una lámina de hierro candente que me abrasa el alma. El tiempo no pasa para él. Está siempre, siempre vivo en la memoria. A veces parece dormir y me abandono á la esperanza de que no volverá. Pero, de pronto, al menor detalle, por una palabra cualquiera, todo irrumpe y se arremolina en mi alma y siento que aquella visión me ahoga de dolor. Y entonces... quisiera morir. *(Se deja caer en un sillón. Amalia durante estas palabras recogerá las medallas abandonadas sobre el bastidor y procurando no ser vista de Manuel, las esconderá en el seno).*

Don Luis:—¡Oh Manuel! ¡Hijo mío, cuánto dolor injusto! *(Pausa).*

Manuel:—Bueno. Ya todo acabó. *(Levantándose).* Ahora es preciso marchar.

Amalia:—Marchar... ¿porqué quieres marchar?..... ¿á dónde?

Manuel:—Si, Amalia. Padrino. Este es mi último día entre vosotros. Esta no es mi casa. No podría quedar aquí en este pueblo, viendo aquella madre, sintiendo su maldición. Para ella siempre seré el verdugo de su hijo.

Don Luis:—Nos quieres dejar. Olvidas cómo te amamos y que en nosotros hallarías la paz.

Manuel:—No, padrino, padre mío. Debo marchar... Ya no es posible... Mi hogar está lejos de aquí.

Amalia:—*(Abrazando á su padre, y con expresión íntensa)*. Padre, yo le amo...

Don Lusi:—*(Tristemente)*. Tú le amas. Hija mía *(Besándola en la frente)*. Es la ley de la vida. No he de oponerme. Es tuya Manuel. *(Amalia y Manuel se abrazan. Se oye el canto de los conscriptos más enérgico que la primera vez)*.

Manuel:—¡Amalia mía! ¡Mi amor!

TELON

ARISTARCO Y ELLOS

«Con qué objeto ha escrito su libro este Aristarco pertinaz?». (Quinto Laico.— Ultima Hora).

Creo que no es costumbre de los autores contestar á sus críticos. Acaso, por eso, extrañen estas páginas que rompen con lo consuetudinario. Diré, para mi disculpa, que yo no soy autor, sino crítico, y si la excusa no vale, con declarar que me río de la tradición y del protocolo, estoy del otro lado.

Si los distinguidos periodistas que han escrito de *Nuestros Poetas Jóvenes* me hubiesen redondamente calificado de imbécil ó de ignorante, á la verdad no cabría réplica alguna de mi parte, pues no habría yo de convencer de la excelencia de mi seso á quien no la advierte en lo que digo, ni me sería posible presentarle un certificado legal de abundantes, variadas y nutritivas lecturas. Pero es el caso que ninguno de aquéllos — bondad suya — me ha tachado ni de lo uno ni de lo otro, antes hubo quien me honró con elogios que obligan mi gratitud; y, en cambio, han llevado la discusión de mi libro al terreno de las ideas, dándome pie con ello para abrir polémica con sus afirmaciones sin que mi actitud pueda parecer en ningún modo un resollar por la herida.

No se trata ya de saber si tengo ó no buena letra ú otras aptitudes no menos encomiables. El joven y brillante periodista y amigo que en *Ultima Hora* se ocultó bajo el pseudónimo de *Quinto Laico*; el señor Víctor Juan Guillot, de *Sarmiento*, al cual pido perdón de haber descifrado sus iniciales; y el anónimo y cortés articulista de *Tribuna*—, al revisar minuciosamente el espíritu que anima *Nuestros Poetas Jóvenes* y los juicios que el libro contiene, han transformado la cuestión en un debate que no juzgo inútil

en cuanto agita, poco ó mucho, las aguas estancadas de nuestra literatura, y han llenado mi mayor anhelo, que era el de convertir mi humildísimo trabajo en una obra de examen y de combate.

*
* *

A *Quinto Laico* el primer puesto, ya que él fué el primero en manifestarme su radical disentimiento con mis ideas.

Leo y releo su artículo y más me convenzo cada vez que mi mayor delito para él es el ser yo un universitario. «Giusti es dueño de una notoria cultura — escribe —; pero no es un sensible: es un intelectual, y tiene un concepto porfiadamente intelectual de la poesía. Busca en ella ante todo las ideas; pero ideas que concuerden con las suyas, ideas rancias, ideas de biblioteca, ideas de aula universitaria».

Es tanto el aprecio personal que yo siento por *Quinto Laico*, que mi voto más ferviente es que él no llegue nunca á percatarse de los monstruosos é incoherentes disparates que se encierran en su transcripto aserto, pues el día que eso hiciese, podría dudar de su razón. No soy un sensible. Pase. Y como intelectual ¿qué busco en los versos? Mis ideas. ¿Mis ideas? No lo sabía. ¿Las religiosas talvez? ¿Habrá visto eso *Quinto Laico* en mi libro, en el cual se aplaude al católico Estrada y se declara admirar la noble valentía espiritual del anarquista Ghiraldo? ¿Las filosóficas? ¿Las políticas? ¿A algún poeta le habré acaso exigido una formal profesión de fe positivista ó la exaltación en endecasílabos heróicos del sistema de lista incompleta? Olvidaba que *Quinto Laico* nos dice cuales son. Son ideas rancias, es decir, ideas de biblioteca, ideas de aula universitaria. Eso sí que es lindo. ¿Dónde habrá él descubierto filones mentales, que no estén en las bibliotecas? Yo creía que en ellas se atesoraba el saber de los milenios, pero ahora me doy cuenta de mi engaño al haberlas frecuentado tantos años inútilmente. Yo había leído en la Biblioteca Nacional — y eso que Paul Groussac hace lo posible para que esté mal provista — á Homero y al señor Marinetti, á Aristóteles y á Ernesto Hello, á los escoliastas alejandrinos y á Charles Morice y Camille Mauclair; pero advertido á tiempo de que esas lecturas son rancias, aun he de alcanzar á renovarme el espíritu en la preciosa frecuentación de *Quinto Laico* y sus amigos, que acaban de desembaular las ideas que les han llegado por el último correo y que

en plaza todavía no se conocen. ¡Y vaya si necesito renovarme el espíritu, cuando no sólo en la biblioteca lo estaba envenenando, sino también en la Universidad! Porque *Quinto Laico* le tiene un terror pánico á la Universidad. El, que nunca ha pisado sus umbrales, cosa de la que se enorgullece, sospecha que es un antro misterioso donde unos cuantos muchachos, débiles de cerebro, se reunen en torno á unos viejos estúpidos y miopes, para descifrar apolillados infolios que, naturalmente, deben ser medioevales. Y de seguro no me creerá si le digo que en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, donde el señor Guillot no duda que me he doctorado con buenas clasificaciones, hemos explorado todas las épocas, todas las ideas y todos los autores, llevando por guías á hombres jóvenes y cultos que, si no todos son inteligencias deslumbradoras, forman en conjunto un cuerpo intelectual que es de lo más representativo de la cultura del país. Y en dicha Facultad de Filosofía y Letras nos hemos enterado, por ejemplo, de que Oscar Wilde ha muerto, pequeño detalle que le juro á *Quinto Laico* ignora un joven crítico teatral, y también hemos aprendido á leer á Kant y á Hegel, que otro distinguido crítico considera ilegibles.

De su precioso descubrimiento mi contradictor deriva una larga serie de consecuencias que me dejan mal parado. ¡Pobre de la estrofa con que yo me tope y que no contenga aquellas mentadas ideas de biblioteca! Le negaré toda belleza, así sea la más sentida que se haya escrito jamás. Lo cual es una mentira cabal, y puedo probárselo citándole en mi libro composiciones y más composiciones por mí transcriptas con aplauso, que no tienen otro mérito que el de su dulce musicalidad sugeridora del sentimiento. ¿Quiere decirme *Quinto Laico* cuáles ideas *universitarias* encuentra en esta *Improvisación* de Allende Iragorri, que hallará en mi libro, á pág. 137:

La cuarta cuerda enlutada
desentona en la tonada;
la tristeza está vencida.
Viva la vida, viva la vida;
perfuma, rosa; canta, zorzal;
que viva el sol primaveral.

Mi. Sol. Primaveral.

No tengo novia, pero este día
Siento que todas pueden ser mías;
me lo dicen sus ojeras,
sus perfumes, sus caderas.
Oh! dulce rubia, morena ardiente,
lo que yo siento sé que ellas sienten.

Primavera, vera, vera
que haces mi voz tan sincera.

Es cierto que he declarado compartir el odio foscoliano por el verso que suena y que no crea, pero yo me entiendo cómo lo comparto: yo quiero en la poesía ideas — cualesquiera — y sentimiento —; naturalmente que las palabras que nada dicen no me bastan, pues yo quiero sentir lo que el poeta sintió y pensarlo como él lo pensó, que en él el sentir no fué más que un pensar hondo y vivo. *Quinto Laico* y el señor Guillot concuerdan en presentarme á Emilio Lascano Tegui (á quien, entre paréntesis, ni he soñado en calificar de «pobre muchacho enfermo»), como un excelente poeta lírico. Pues bien; él es justamente para mí el tipo del palabrero insubstancial, que despotrica cuatro cosas ilógicas y retorcidas, recreándose con el sonsonete de la rima, y cree con eso haber presentado á los lectores su corazón como en una bandeja, todavía palpitante y chorreando. Horacio tenía ciertamente razón cuando mandaba: si quieres hacerme sentir siente antes tú; pero no dijo que todo aquél que siente consiga hacer sentir. Eso depende, no sólo de la sinceridad de la emoción, sino también del arte del decir. Cuando Emilio Lascano Tegui ha escrito la primera composición de *La sombra de la Empusa* — cito una cualquiera, que todas se equivalen — ¿ha sentido ó se ha divertido á costa nuestra con un simple *bluff?* No me importa saberlo; pero he de transcribir á continuación la tal poesía, para que el lector sienta si puede, y juzgue luego del valor de los grandes líricos que la camaradería pretende vendernos.

Debajo del título *Generatorius* se leo literalmente:

A diéresis amarga, aquel diptongo
de nuestras fatuidades postrimeras
se abrió; sin más alarde que un rezongo
sobre todas las cosas verdaderas.

Y, hasta, tu extenuada, fué pilongo
el daño de tus manos hechiceras
cuando, húmeda, al irte, como un hongo
sahumó una flor de noche en tus ojeras
y os resignásteis á seguir la Empusa.

Bueno; á esto llama el señor Guillot «finura original», y me reprocha que yo lo considere una extravagancia y le prefiera los versos de Allende Iragorri y Ernesto Turini.

Y véase qué cosa rara! Allende Iragorri y Ernesto Turini, á quienes yo he alabado, al primero más que al segundo por su mayor originalidad, son precisamente dos decadentes, todo música, todo sentimiento; pero, como de seguro no son del círculo de mis críticos, no merecen carta de ciudadanía poética.

Los papeles se han trocado. El *intelectual*, defendiendo á los *sentimentales* contra los que se dicen sus compañeros de causa.

Mas, de pronto *Quinto Laico* advierte la contradicción y queda desconcertado. «A tal punto exagera ese concepto torcido de la poesía — escribe — que no puede menos de sorprendernos su admiración por cantores tan nobles como Montagne, Banchs, Arrieta, Barreda, Carriego, y otros, en quienes no destaca siempre, sin embargo, lo que tienen de más admirable». Aunque él no me dice qué es lo que hay de más admirable en los poetas citados y que yo no he visto, reconoce, sorprendido, que los admiro. Le ruego por otra parte que no me haga *admirar* demasiado. Y es muy claro que yo exalte á Banchs, á Montagne, á Arrieta, á Carriego y á Barreda; ¿cómo no ha de ser así, si Banchs es nuestro mejor lírico y los demás militan en primera fila? Lo bueno sé apreciarlo donde lo encuentro, sin prejuicios, porque mi espíritu es amplio como el que más; lo malo lo rechazo con igual rectitud, aunque deba herir la vanidad de un amigo, pues si uno no tiene corazón para ello, no vale la pena que se meta á crítico. Así ha resultado que yo, estrecho preceptista académico, lo he dejado boquiabierto á *Quinto Laico* al admirar con igual ó mayor entusiasmo que él á nuestros más excelentes poetas jóvenes, independientes, modernos, originales; yo, que rechazo «todo lo que no revele una perfecta normalidad», que desconozco «las complicaciones espirituales», que soy «inaccesible á la intensa sugestión de los simbolistas», me he entusiasmado con el extrañísimo Montagne, he tratado de destramar con cariñosa atención la finísima y complicada urdimbre del espíritu

de Banchs, y he celebrado á poetas como Carriego, Barreda, Arrieta (que *Quinto Laico* me cita), y Jaimes Freyre, Rojas, Gutiérrez, Allende Iragorri, Evar Mendez, Gonzalez, Calderón, Turini, etc., que cuando no son simbolistas por poco le yerran.

No es verdad que odie á los simbolistas. Al contrario, he sido siempre un apasionado lector de ellos, y he sabido en otro tiempo recitar de coro á casi todo Baudelaire, su precursor, é indignarme debidamente con Brunetière y Max Nordau. Ya dije con intergiversable claridad, que aunque clásico por temperamento, soy ecléctico por cultura, y sólo declare aborrecer «la fraseología delicuescente de los post-simbolistas, la fofa hinchazón de los declamadores, la inefable *tilinguería* de los «ingenuos», la incoherencia, la vaciedad, la blandura e an l abetis o...» ¿Sabe *Quinto Laico* á quienes llamo post-simbolistas? A' los imitadores de los imitadores de los imitadores de Verlaine, á los que creen que la poesía fué inventada en 1880— y me alejo demasiado, como me observaba días pasados un ilustrísimo crítico americano. ¿Sabe quienes son los declamadores? ¿Ha leído á Riú ó á Reyna Almandos? ¿Desconoce la existencia de la viscosa casta de los ingenuos? No le hablo de los incoherentes: son legión, y los más caracterizados puede hallarlos entre sus admiraciones. Y nada te digo de los analfabetos, porque ¿qué han de importársele á él, que á la vez que atacaba desacertadamente el consciente arte de Rojas, celebraba los versos de un caballero que nos habla del Evangelio de San Pablo y de otros no menos interesantes rarezas?

«¡Bienvenidos todos los que saben expresar lo que seinten, sea lo que sea, con naturalidad, con frescura, con evidencia inmediata, pero con arte!» — he exclamado. Mi causa que es la de algunos más, es la de la cultura y de la seriedad. Los restantes están jugando á la literatura. Se dicen como los chicos que juegan *á los oficios:* «tú te pones allí y haces de poeta; yo te alabo y hago de crítico». Ellos se entienden entre sí, pero nosotros que observamos el juego lo encontramos absurdo. ¡Que somos exigentes! ¡Són tan deliciosos esos chicos!

Muy pronto, sin embargo, se repone *Quinto Laico* de su confusión. Ha descubierto la principal falla de mi espíritu: respeto á Calixto Oyuela. Porque, lector amigo, no está permitido á ningún ciudadano argentino, menor de treinta años, respetar á Oyuela, y gracias si le conceden el permiso para hacerlo con Guido y Obligado. Oyuela es el cuco, Oyue-

la es el académico: vedlo allí, erguirse como representante en la República del tan manoseado aunque no leído Hermosilla. Ahora bien: ¿qué he dicho yo de Oyuela poeta? Que «*aspiró* siempre á un estilo sobrio, nítido y viril, en el cual la línea, el color y el ritmo realizasen la perfecta comunión que es prez de la poesía clásica». ¿No es verdad? Más de treinta años de rectilínea consagración á las letras del autor de los *Cantos* lo atestiguan. Eso, en cuanto a la aspiración; en cuanto á la realización, véase: «¿Lo ha alcanzado? Por momentos. En otros su inspiración flaquea, é incapaz de sostenerse en la cumbre de la alta lírica, rueda por el ya asendereado declive de la retórica». Juicio, como se ve, nada excesivo, antes bien, no gran cosa halagador para el culto maestro. Y he dicho también: «En él las aptitudes del versificador no corresponden á las del poeta, cuya pasión se evapora á veces durante la brega por vencer el metro rebelde».

Bien; pero hechas estas debidas salvedades acerca del poeta, ¿hubiese sido justo y honesto que yo no reconociera la bella significación literaria que Oyuela tiene en nuestro ambiente? ¿Quienes de sus detractores han leído sus críticas de otro tiempo, hechas como quiere Dios que se haga la crítica, con vasta cultura, elevación moral, severa imparcialidad, sutileza de criterio y estilo elegante, enérgico, mordaz, correctísimo? ¿Cómo no ha de imponerme respeto una tan noble dedicación á las letras, una tan valiente decisión en la defensa de su clasicismo y su españolismo, en este ambiente materialista y cobarde? Por eso, porque adivinaba como sería recibido mi elogio del noble escritor, pregunté burlonamente al cerrar mi juicio: «¿Si serán todas estas pruebas de locura?» ¿Qué nos importa que Oyuela admire más ó menos á Darío? Respetemos en él la figura literaria, figura de excepción, que tanto más se destaca cuanto que está aislada ni busca la vana é inconsciente adoración de ciertos jóvenes. El señor Guillot me considera «un buen discípulo del señor Oyuela». Si pensó ofenderme se equivocó. Me amparo de tal maestro, sí. Probablemente, al escucharlo, no acepte todas sus ideas; pero él me dará algo más raro que las ideas: la entereza moral y el sincero y severísimo culto por el arte.

*
* *

Y pasemos más directamente al señor Guillot. En el ágil é inteligente diálogo que ha dedicado á mi libro, no

me ha dado cuartel; sin piedad ha arremetido contra mí desde el título hasta la fe de erratas. Por cierto que no he de discutirle censuras de tan poca monta como aquélla dirigida contra la carátula, la cual, según él «no es sobria y excede esa noble economía en denominar que tanto gusta en los clásicos». Lejos estaba de mi espíritu la idea de que advertir al posible comprador, mediante un oportuno subtítulo, que *Nuestros Poetas Jóvenes* era una «revista crítica del actual movimiento poético argentino», fuese un delito de leso clasicismo; y, aunque podría refutarlo al señor Guillot con los clásicos en la mano (¿cuáles clásicos?) me parece que es perder el tiempo ocuparse en tales futilidades. A otra cosa.

El señor Guillot me abisma bajo su terrible ironía, al recordar que yo afirmé el excelente estado de mi hígado. La cosa hasta le ha chocado al benévolo articulista de *Tribuna*, quien encuentra el chiste «poco ático». Ahora bien: el señor Guillot preferiría que yo tuviese sanos los riñones, donde pone la sabiduría el salmista, y *Quinto Laico* me cree enfermo de los intestinos. Como se ve, he dado origen á toda una polémica nosológica.

Algo que nunca sospeche. Creí que para cerrar y resumir una larga serie de consideraciones sobre mi independencia de criterio, y mi simpatía por todos, los elogiados y los censurados, podía sin grave escándalo hacer un trono humorístico y declarar rotundamente: «Tengo veinticinco años y el hígado sano». Enorme error. No tuve en cuenta la pulcritud de nuestros cronistas, y también, si se quiere, su buena voluntad para aferrarse á todo. ¿No es ático el chiste? Platón el *El Timeo* nos habla de la influencia que sobre el alma ejerce el hígado, al cual los dioses hicieron denso, liso, lúcido y dulce y dieron también amargura. Yo he concretado en una metáfora humorística las conocidas relaciones entre el alma y el hígdo que ya observó el ático Platón. Y ruego á los señores Guillot y *Quinto Laico* me dsculpen por esta cita intempestiva; pero de veras que no se me ocurre ningún pasaje de Remy de Gourmont que sirva para el caso; que estén seguros, no obstante, de que no se me oculta que entre el autor de los *Epílogos* y el de los *Diálogos* hay sus diferencias apreciaciables, claro es que en favor del primero, como que mucho menos rancio. Y á propósito de estas anatomías, para dejarlas de una vez de la mano. Tengo que recordarle á *Quinto Laico* que no todos los prejuicios, como él cree de acuerdo

con Nietzsche, tienen un origen intestinal: otros hay que derivan simplemente de la ignorancia.

El señor Guillot comparte á mi respecto las ideas de *Quinto Laico*. Me lo esperaba. Muchos otros, muchísimos, han de compartirlas. Bien sabía yo de antemano los términos en que *Nuestros Poetas Jóvenes* plantearía el debate. Para los muchos, para los muchísimos, necesariamente soy un pedante, un pariente de Hermosilla, falto de toda sensibilidad. Domino la Poética, pero no la poesía. Poseo un minucioso conocimiento de la preceptiva — lo asegura el señor Guillot — y sé clasificar con exacta precisión cada verso alineado bajo mis ojos. Pero nada más. Mido como la regla, pero poseo su infortunada y estéril sequedad. Estoy invalidado para crearme estados anímicos semejantes á los que presidieron la génesis de las obras por mí criticadas. No siento, y en poesía sólo se sabe por sentimiento. Y por fin — siempre es él que lo dice — los poetas deben ser criticados por los poetas.

Comencemos por lo último, que ha sido refutado ya hasta el cansancio, á tal punto que se ha podido sostener lo contrario: que ni los músicos, los pintores, ni los poetas son los más apropiados para juzgar á sus respectivos colegas en arte. ¿Porqué los que no escribimos versos no hemos de poder hablar sobre quienes los escriben? El señor Guillot sabe tanto como yo que no toda la poesía está en verso, y recíprocamente que no todos los versos son poesía. Entre Chateaubriand y el abate Delille él no ha de quedarse con el segundo, estoy seguro. Hacer versos, es una aptitud, como cualquier otra, y tener alma poética es algo muy diverso. Si yo me entusiasmo hasta el delirio al gritar la *Leyenda de los siglos*, ó me enternezco hasta las lágrimas al leer en voz baja los *lieder* de Heine; si un niño que duerme en un umbral me trastorna, ó me encanta un rosal florido, soy tan poeta como el señor Guillot, aunque carezca de la aptitud accesoria de expresar mi emoción con sílabas contadas, ó la de recordar listas de palabras fonéticamente semejantes desde la vocal acentuada hasta el fin. Poetas conozco, y excelentes, que carecen de la segunda aptitud, y de ahí que sus preferencias sean por el verso blanco. Yo no poseo ninguna de las dos, pero me siento tan poeta como muchos hacedores de versos, y más, mucho más que ellos, si me apuran, porque los conozco, vaya si los conozco. Y además, si se me pidiesen versos libres, esos renglones tipográficamente libres en que tanto aciertan algunos de los poetas jóvenes, hasta yo sería ca-

paz de servirlos, tan horriblemente disonantes como los de ellos Ya ve el señor Guillot.

Lo que él debe probarme, pues, para prohibirme el ejercicio de la crítica, es, no que no hago versos, sino que carezco de sensibilidad poética; y eso lo ha afirmado, pero no lo ha demostrado. Y lo desafío á encontrar la prueba de ello en mi libro. Le sucedería lo que á *Quinto Laico*, que de pronto abre la boca sorprendido de verme admirar á nuestros mejores poetas del sentimiento, sin alcanzar á explicarse el porqué del fenómeno, y tan fenómeno para él, desde que yo no admiro ni á Lascano Tegui, ni á Fernan Félix de Amador, dos poetas pésimos para mí y para cualquiera que sepa lo que es poesía.

¿Qué no soy un sensible? Devuelvo la pelota. Ustedes no son los sensibles. La pretendida sensibilidad de ustedes es pura irritabilidad, sensibilidad á flor de piel, de niños, de mujeres ó de primitivos. Ustedes le piden menos á los versos, yo más, he ahí la diferencia. Ustedes se satisfacen con la musiquita del ritmo y de la rima, que les produce un agradable cosquilleo espiritual y les enternece como puede hacerlo el *tran-tran* del ferrocarril, á quien se le ocurra prestarle melancólica atención. Yo exijo algo más: exijo ideas, imágenes, emoción y armonía. Soy más complicado. Leo, por ejemplo, la *Oda á las fuentes del Clitumno*, de Carducci. La leo y me entusiasmo, y vuelvo á leerla diez veces seguidas. ¿Qué me seduce en ella? El poeta despliega ante mí el verde paisaje del Umbria; hace surgir en mi imaginación la diversa suerte histórica del país, á través de los tiempos: cada estrofa es un cuadro, cada adjetivo, exacto y complejo, una pincelada luminosa; la imagen, oportuna y lógica, me abre horizontes insospechados; y el ritmo del verso, y la armonía imitativa, sabiamente combinados, que se adaptan al andar de la idea y del sentimiento, ya acelerándose, ya retardándose, ahora ruidosos en la descripción del combate, ahora cavernosos en la evocación de la noche medioeval, ahora resonantes de esperanza al anunciar los nuevos días — todo ello por separado y en conjunto es para mí hondo estímulo de deleite estético, en el cual mi alma, á la vez pensamiento y afectividad, ha trabajado al unísono. Y también mi actividad ha entrado en juego, porque en el arrebato, yo me he agitado, me he erguido, he extendido los brazos, he dado más sonoros acentos á mi voz, en concomitancia fisiológica estrecha con el sentimiento. Si esto es ser un intelectual,

si esto no es ser un sensible, convengo en que efectivamente soy lo uno y no lo otro.

Asimismo, hasta que el señor Guillot me abrió los ojos á la luz, yo creía que lo arriba descripto significaba interpretar á un poeta. Pero mi crítico me niega esa facultad. Según él, no elogio lo mejor de los poetas que admiro. Así, en el caso de Banchs, ignoro la verdadera estructura del poeta. El no me dice cual es, mientras que yo he consagrado á explicarla quince páginas de nutrido análisis, que considero el mayor esfuerzo de penetración hecho hasta ahora por mí; con todo, no cabe sino acatar el fallo. En cuanto al señor Guillot, en vez de hacerme el favor de iluminarme sobre la verdadera estructura del poeta, se limita á lanzar á su respecto unas cuantas afirmaciones erróneas. A saber: que Banchs no será jamás un gran poeta porque le falta vigor, y que su genealogía se remonta hasta Jammes y entronca en Villaespesa y Valle Inclán. A lo cual hay que responder: que quien le niegue á Banchs vigor, no sabe lo que es vigor y lo confunde probablemente con hinchazón, y que, quien afirme que su poesía deriva de Jammes, Valle Inclán ó Villaespesa, carece justamente del poder de interpretación que se me ha negado. Ghiraldo probablemente le parecerá vigoroso al señor Guillot, porque habla de cumbres y águilas y otras cosas más ó menos altas. El énfasis declamatorio que baraja imágenes de cosas grandes y monstruosas es confundido con la energía intrínseca del pensamiento y del sentimiento, que se puede traducir aun hablando de un lirio. Y, naturalmente, con este criterio, ni es vigorosa *La oda á los Padres de la Patria*, prieta y sólida como un biceps, ni lo es la *Oda á Querol*, ni lo son tantas y tantas de las composiciones de *El cascabel del Halcón*, de una admirable fuerza trágica, ni lo son algunos de los sonetos de *La Urna*, tales, por ejemplo, los dos en que es cantado el odio, á los cuales le ruego al señor Guillot que le encuentre muchos parejos en nuestra lengua. Respecto á lo segundo ni Banchs tiene con Jammes más que una afinidad de espíritu, y casi apostaría que nuestro poeta aun no había leído al francés cuando escribió *El libro de los elogios*, donde se reveló su característica idionsicrasia poética, ni Valle Inclán con su *Aroma de leyenda* le alcanza al nuestro al tobillo. Y en cuanto á la semejanza con Villaespesa, si el señor Guillot supiera que el simpático aunque mediano poeta andaluz ha remedado graciosamente *El cascabel del halcón*, en su *Torre de marfil*,

como ya anteriormente los sonetos de *Los crepúsculos del jardín*, no lanzaría asertos tan rotundos como ajenos á la verdad.

Naturalmente no á todos los versificadores es posible interpretarlos. El señor Guillot sostiene que siempre me detengo en la forma, nunca penetro la substancia de las poesías criticadas. Lo niego resueltamente. Desmienten su caprichosa afirmación las páginas que he consagrado en *Nuestros Poetas Jóvenes* á Lugones, á Estrada, á Rojas, á Banchs, á Arrieta, á Montagne, á Carriego, á Barreda, á los mejores líricos de la joven generación.

Pero ¿qué iba á hacer sino merodear alrededor de los versos, con versificadores sin fisonomía propia, meros repetidores del lenguaje poético que anda por ahí, al alcance de todos, remedadores de una *manera* cualquiera? La forma es esencial en el arte. Si yo consigo probar que la forma de tal ó cual poeta vale *cero*, he anulado al poeta sin necesidad de mayores comentarios. Por ejemplo, á propósito de alguien, he escrito: «El verso le domina y sus exigencias de rima y de ritmo le obligan á decir lo que no quiere y no debiera. De ahí la impropiedad y el ripio; de ahí la redundancia y la vana palabrería de la habitual retórica decadente». Si esto es cierto, ¿cómo puedo yo sondar el espíritu de un versificador que no consigue decir lo que quiere, y se ve obligado á vestir su pensamiento con trajes de hechura, que lo falsean y traicionan? Yo no tendría inconveniente material alguno en escribir cien páginas sobre cualquier poetastro, enojándome previamente contra el ambiente cartaginés en que vivimos, y escuchando luego con místico recogimiento el susurro de la fronda, el piar de los pájaros y el clarín del viento que andan sueltos por los versos de aquél; pero me parece que la verdadera crítica es muy diversa cosa y que consiste principalmente en clasificar y definir con sobriedad y precisión. Yo le quedaría eternamente agradecido al señor Guillot si él me iluminase sobre cómo podría criticarse á Enrique Díaz Romero, sin detenerse en la forma de sus versos. ¿Por casualidad conoce él un artículo de Juan Julián Lastra acerca de *Las sendas del Arquero*, publicado meses atrás por NOSOTROS? Si esa es la buena crítica, no me arrepiento de haber renunciado á escribir sobre los libros del día.

Muchas otras cosas tendría que objetarle al señor Guillot, pero me abstengo de hacerlo, porque son detalles sin importancia, tal la acusación que me dirige de haber sido yo demasiado benévolo con algunos jóvenes cola-

boradores de NOSOTROS, que podría refutar, sosteniéndole en primer término que se explica la atención prestada por mí á los poetas de NOSOTROS, desde que esta revista es entre las serias la que más versos acoge, y probándole en segundo término que también han sido colaboradores de NOSOTROS, muchos de los poetas por mí más ásperamente censurados. Pero estas son simples diferencias de apreciación, sin valor ninguno.

Como el manco divino en una ocasión semejante, yo podría repetir aquello de que:

Unos, porque los puse, me abominan
Otros, porque he dejado de ponellos,
De darme pesadumbre determinan.
Yo no sé cómo me avendré con ellos:
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan; yo tiemblo destos y de aquéllos.

Es decir, yo no tiemblo, porque la cólera de los poetas es leve humo que la primera brisa desvanece; pero no quise dejar el terceto á medias. Eso sí, no sé si he procedido bien en citarlo á Cervantes, ó si no hubiese sido más propio acudir á Gyp, á fin de no pasar por rancio.

Pero, detalles aparte, yo le reprocho al señor Guillot haber cometido conmigo una patente injusticia, al echarme en cara que no le he dedicado á Almafuerte más que media página. El sabía muy bien que á Almafuerte no le he dedicado más espacio ni menos que el que he consagrado á otros caracterizados poetas de la que he llamado «la vieja guardia», es decir el necesario para saludarlo de paso. A haber tratado extensamente del autor de *El Misionero*, que soy el primero en admirar en lo que tiene de bueno, y no en creerlo un charlatán como falsamente me hace decir *Quinto Laico*, igualmente estaba en el deber de detenerme por páginas y más páginas en las no menos interesantes figuras de Guido y Obligado. Pero el libro no estaba consagrado á ellos. Mal podía yo, pues, «docto en filosofía», aprovechar la oportunidad «para triturar las amargas síntesis filosóficas del poeta». Mi brevedad dependió de la arquitectura del libro y no del desprecio. Mi rapidísimo juicio sobre Almafuerte, aunque duro, no niega los conocidos méritos del poeta. ¿Se me exige una ampliación? La haré, pero no cabía que la hiciese en el libro. El cual, según el señor Guillot, acaba por ser bueno á fuerza de no hacer daño, cosa en la que han

de coincidir algunos malos poetas y que está además claramente probada por las dos columnas con que él se ha esforzado en refutarlo.

*
* *

Por suerte para mí, el articulista de *Tribuna* no opina como el señor Guillot. Reconoce que *Nuestros Poetas Jóvenes* es una obra «sugestiva y propicia por ende á comentarios marginales». Es decir, que tiene un mérito: «remueve ideas y suscita sugestiones». Mil gracias.

Y en efecto mi amable crítico ha removido ideas y lo ha hecho con agilidad y penetración superiores á las de mis dos otros no menos honrosos contradictores.

Si quiera ha advertido lo que á ambos se les ha escapado lamentablemente: que mi libro está inspirado en la tendencia clásica. No se le he ocultado el hecho y no ha confundido de primera intención el clasicismo con la falta de sensibilidad y la pedantería. Eso sí, él tampoco ha comprendido mi clasicismo, pero al menos lo ha analizado y no rechazado de bulto, trastrocándolo con cosas de otra índole. Al transcribir mi concepto sobre el punto, me hace decir: «El clasicismo es para mí ante todo una actitud del alma frente á las cosas, por encima de los tiempos y las escuelas». Enseguida me refuta victoriosamente. ¡Y como no iba á hacerlo! Lo que me extraña es la blandura de la réplica. Derecho tenía, y sobrado, á reirse de mí. Pero el daño está en que ha falseado totalmente mi definición, haciéndome decir un disparate. Yo he escrito: «Creo haber ya dicho que el clasicismo es para mí ante todo una actitud del alma... etc.» ¿Qué actitud? En la página 24 lo explico á propósito de Obligado: «clásica es sin duda la actitud de su alma, *serenamente realista*, ante las cosas» . ¿Estamos? Ya sé que es una definición vaga por demás, pero es una definición, que expresa un criterio personal. No se me oculta que el clasicismo verdadero, como escuela, es algo más que un estado anímico de realista serenidad; pero yo no me quise referir á la escuela, sino, con opinión ecléctica, á la actitud del alma. Lo cual establecido, no vacilo en adherirme á la opinión de mi crítico, cuando sostiene que «clásico es el que tiene sensibilidad clásica, como Rubén Darío y Lugones, no el que usa los lugares comunes, las triviales y trilladas maneras de la retórica seudoclásica». Claro que sí, y rechazo con igual aborrecimiento que él, «el clasicismo formal, exclusivamente retórico», que sé distin-

guir perfectamente del «verdadero clasicismo, cuyo carácter más saliente se resuelve en la serenidad, el orden, la proporción y el equilibrio». Bien! estamos de acuerdo. Probablemente á los dos nos da náuseas Melendez Valdés, y Alberto Lista nos resulta insoportable, mientras que Chénier ó Leopardi nos abisman de admiración. Perfectamente. Y conste que yo no coloco á Calixto Oyuela entre los clásicos verdaderos, sino entre quienes aman la poesía clásica, aspiran á realizarla y la realizan tal cual vez, quedándose las más en el pseudo clasicismo retórico; y conste también que en nuestra poesía, desde el honorable Labardén hasta el último llegado, no veo un solo clásico de ese modo substancial arriba expresado, aunque sí muchas almas *serenamente realistas,* — una actitud clásica — Guido, Obligado, Banchs, Arrieta, etc.

Y nada más; que lo restante son naturales divergencias de opinión sobre poetas aislados.

*
* *

Termino. Si mi expresión ha adquirido de vez en cuando un carácter de excesiva aspereza, no se lo interprete como tristes reacciones de mi vanidad. He rehuido de refutar todo lo que podía referírseme personalmente; he tachado de este artículo las censuras dirigidas contra los defectos externos de mi libro. Creo que lo restante que en él queda es legítima crítica de ideas. Talvez no sea inútil esta discusión. Es algo más que una polémica individual; traduce dos posiciones artisticas perfectamente definidas: de un lado, en este país, están casi todos y el señor Guillot y *Quinto Laico*; del otro estamos pocos, y talvez milite en nuestras filas el articulista de *Tribuna.*

Por lo demás sólo me resta agradecer á todos, así á mis adversarios, como á los distinguidos críticos que me han generosamente elogiado hasta lo inmerecido, lamentando verme obligado á retirar mi mano leal ante mi anónimo injuriador de *Crónica*, porque pienso que á ciertas personas no es posible estrecharles la mano.

ROBERTO F. GIUSTI.

LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

Cuando menos lo sospechábamos, el ministro de instrucción pública nos ha sorprendido con una reforma fundamental del plan de estudios de los colegios nacionales. El decreto es mucho más revolucionario de lo que podía esperarse de la apatía de este ministerio que hasta ahora solamente había sabido desprenderse de los institutos que entorpecían su bienaventurada existencia en el desembarazado cielo de la abstracción, el recogimiento y la pereza. Las variaciones de mayor bulto introducidas en el sistema de enseñanza son dos: el cambio de frente en cuanto al criterio anterior que hacía de los estudios secundarios unos meros estudios preparatorios de los universitarios, y la subdivisión de los colegios nacionales en dos categorías; elementales y superiores; los primeros, destinados á los pueblos de más de 15.000 habitantes, con un plan de estudios de cuatro años, y los segundos, para las ciudades de más de 30.000 habitantes, las capitales de provincia y la capital federal, con un plan de seis años.

El decreto que la prensa diaria ha dado á conocer ampliamente, contiene muchas excelentes disposiciones; en conjunto da, sin embargo, la impresión de algo sin consistencia ni estabilidad, que ni ha sido cimentado sólidamente después de una profunda remoción del terreno en que ha de levantarse, ni es posible que dure mucho más que las precedentes construcciones de Magnasco, Serú, Fernández, González, Pinedo y Naón, todas caídas bajo la piqueta del ministerio siguiente. Comenzará á regir sólo para los alumnos que ingresen este año y se concede la vida á sí mismo hasta que el congreso haga uso de la facultad que

le acuerda el artículo 67, inciso 16 de la constitución. Esto acusa en el doctor Garro un envidiable optimismo, que él basa, fuera de duda, en las siguientes convicciones: 1ª, Que su ministerio se prolongará pacíficamente durante incalculables años, y acaso sea vitalicio; 2ª, que el congreso no hará jamás uso de la facultad constitucional; 3ª, que en caso de que se le ocurriera acordarse de ella, la ley orgánica que dictará no será otra cosa que el presente decreto, demostrado á los diputados por el P. E., el mejor de los decretos en el mejor de los mundos posibles.

¿Quiere decir nuestro escepticismo que consideramos inoportuna una reforma de la enseñanza secundaria y conveniente dejar las cosas como están *per saecula saeculorum* — y perdónenos el señor Garro este latín eclesiástico? — De ningún modo. Creemos que la organización definitiva de la enseñanza secundaria se impone de una vez, para honor de la cultura del país; pero, como no estamos tan seguros como el doctor Garro de su longevidad ministerial, encontramos vana la reforma presente, y grave, además, por cuanto es revolucionaria, pues no ha de pasar de ser un espasmo más, de los tantos que venimos presenciando desde tantos años á esta parte. ¿Y entónces? Entonces, este P. E. que ha conseguido hacer aprobar por el Congreso su ley electoral, debía ó debiera acometer una reforma no menos trascendental que la precedente, consiguiendo la sanción por las cámaras de la por muchos anhelada *Ley Orgánica de Enseñanza Secundaria,* que acabe una vez por todas con esta frenética ronda de planes y más planes, á cual más precipitado.

Supongamos por un momento que el doctor Garro piensa someter al Congreso su reforma — que no lo ha de hacer, porque cada cual defiende lo suyo —, y supongamos también que el Congreso da fuerza de ley al decreto en cuestión, tal como es. ¿Le convendría al país? ¿Se habría salvado nuestra enseñanza secundaria? Aunque el juicio que emitiéramos sería mejor fundado si conociésemos los futuros programas analíticos, rotundamente puede ya contestarse que *no* á las anteriores preguntas. Encierra muchas excelentes disposiciones el nuevo plan — ya lo hemos dicho —; pero lo convierten en malo los visibles errores que andan mezclados con aquéllas. Probablemente sea una buena medida la expuesta división en categorías (1);

(1) Se ha hecho una objeción atendible. El histórico Colegio del Uruguay es justo que figure en la categoría de los superiores, aunque la ciudad no alcance á los 30.000 habitantes que el decreto exije. La excepción es sencillo salvarla.

probablemente lo sea también el criterio que establece que la enseñanza secundaria debe bastarse á sus fines: ahora conviene aguardar la organización del liceo universitario creado sobre la base del Colegio Nacional de Buenos Aires, para fallar acerca de la procedencia del nuevo mecanismo por el cual se hará el paso de la enseñanza media á la superior. Loable es también el aumento de los años de estudio, absolutamente necesario si se quiere organizar seriamente la enseñanza secundaria; y loabilísimo el restablecimiento en los programas del latín, la trigonometría y la cosmografía. Respecto á la última asignatura fué una monstruosidad suprimirla. En cuanto al latín, ya se sabe que es el campo de agramante de los pedagogos. Argumentos en su favor ó contra no faltan y todos los conocen, de suerte que no es del caso repetirlos. En estos momentos en Francia se los están arrojando á la cabeza ambos bandos contrarios, aunque con marcada ventaja para los partidarios del latín, asustados y con razón de los perjuicios intelectuales ya notorios acarreadores á las jóvenes generaciones por la supresión de la enseñanza de aquel idioma.

Nosotros nos declaramos decididos partidarios de la enseñanza clásica, y por consiguiente en esto nos colocamos del lado del reciente decreto, contra la mayoría, naturalmente.

Algo se ha ganado con el solo gesto del restablecimiento. Oh, pero tan poco, que casi es nada. Por empezar no nos satisface el pobre argumento con que el ministro pretende justificar el gesto: el latín, «aparte de ser el lenguaje de la ciencia, puesto que le da su terminología juntamente con el griego y á él apelan los sabios de todas las zonas de la tierra, tiene para nosotros especialísimo interés, por hallarse intimamente ligado con el castellano, que más que un idioma distinto, según ya se ha hecho notar, es el mismo latín transformado en sus elementos fonológicos y mórfológicos por las variaciones que introdujeron en él los diversos pueblos que le hablaron». Otras muy superiores nos parecen las ventajas del latín, poderosa disciplina de la razón, cuando bien enseñado, cosa que ni sospechan los que de su eficacia hablan mal sin conocerlo. Pero la discusión del punto se sale de los límites de estas observaciones. Anotemos lo importante: el latín está restablecido en los planes de estudio. ¿Restablecido? Se le conceden dos años. El término es irrisorio. Lo de siempre: el asunto estriba en anotar en lista las materias; poco importa que se aprendan ó nó. Dice el decreto cándidamente: «Estudio elemen-

tal de la gramática; lectura de obras clásicas sencillas». Cuando el alumno sepa su gramática elemental no sabemos qué se hará de ella. O que aprenda seriamente el latín, ó que no pierda el tiempo en aborrecerlo, como sucederá si sólo le indigestan de declinaciones y conjugaciones. Pero podrá leer las obras clásicas sencillas, se observa. Francamente no sabemos cuáles son. ¿Fedro? ¿César? Para leerlos á libro abierto no bastan dos años. Talvez sí basten para entender el.... *Epitome Historiae Sacrae!* O se enseña el latín durante los seis años ó no vale la pena restablecerlo en los planes: he ahí una esencial deficencia de estos, que trastorna el entero sistema.

A muchos aplausos se hace empero acreedor en sí el nuevo decreto. Suprime la moral cívica, materia híbrida, incorporándola á la instrucción cívica, y hace bien. Mantiene en los programas el italiano, cuya supresión se anunciaba, y hace bien. Impone una reseña de las literaturas francesa, italiana, inglesa y alemana en relación con la española, y hace bien. Era esta una laguna de los anteriores programas. Olvida, no obstante, que ha habido dos grandes literaturas, la griega y la romana, cuyas líneas generales le convendría al alumno conocer, para no creerlo á Homero contemporáneo de Victor Hugo, y hace mal. Y talvez exagera más de lo debido la parte filosófica. Pero, lo repetimos, sobre estos pormenores toda opinión es prematura antes de conocer los programas analíticos. Si en ellos la historia de Oriente, Grecia, Roma y la Edad Media se mandará enseñar como ahora en un solo curso, no se habrá ganado nada, ni tampoco si se exagera como en los todavía vigentes, la enseñanza de la anatomía y el álgebra, hasta la enormidad.

Volveremos, pues, sobre el particular, cuando los nuevos programas aparezcan, pero desde luego dejamos constancia de nuestro disentimiento con la reforma, hecha como siempre, *manu ministeriali*, por su presumible inestabilidad.

La Dirección.

LETRAS ITALIANAS

«Manuale Wagneriano», por Gualterio Pettrucci.

Tipográficamente, ante todo, una espléndida publicación. Una artística tapa que nos trae el retrato del Maestro y numerosas composiciones alegóricas sobre sus principales óperas, están distribuidas por el interior del libro.

Con altura de miras, con elevación de concepto, con profundidad de cultura, el autor analiza la vida, las obras teóricas, los caracteres esenciales del drama y del estilo wagneriano, los anteriores y posteriores á 1848, y aisladamente, ocho de las principales óperas.

El autor ha puesto mucho de su alma en este libro: el análisis de todos y cada uno de los personajes está hecho con tanta prolijidad, con un desmenuzamiento tan fino y tan minucioso de todas sus profundidades emotivas, que admira y convence. Debe, sin embargo, hacerse notar que Pettrucci es un partidario decidido del sistema y de la esencia del Maestro, y por ende el libro es una exposición constante de las numerosas manifestaciones del genio wagneriano: el pensamiento filosófico, la potencia alegórica, la potencia creadora, la maravillosa instrumentación, la potencia lírica, la concepción vastísima. El libro es una obra meritoria, sobre todo, por la perspicacia del análisis y por la sinceridad de la exposición.

«Il Teatro in Italia nel 1909», por Domenico Oliva.

Oliva, el conocido crítico teatral italiano, no ha podido sustraerse á la pésima costumbre de reunir en volumen los artículos dispersos de todo un año de vagancia por esos teatros y aplicarnos así 435 páginas continuadas de

crítica. En realidad, confieso que es demasiado y que no he tenido otra paciencia que la de recorrerlas á la ligera, deteniéndome sólo algo más en aquellas donde se había de obras que han hecho escuela ó que han quedado en los repertorios. Y creo que cualquiera hace otro tanto con este libro, salvo los interesados... autores. No sé si estos artículos han sido revisados y corregidos por Oliva antes de reunirlos, mas todos ellos tienen el sello de la oportunidad, que está perdida al día siguiente de publicados. Sin embargo, algunos quedarán como dije, y serán aquellos sobre obras que también han quedado. Mas en cambio..., á dos años de distancia, cuántas páginas inútiles sobre obras que nadie recuerda!

Lo que quiere decir que el libro resulta pesado.

«La nostra terra promessa», por Giuseppe Piazza. — *Cartas desde la Tripolitania.*

Ya puede suponerse que la palpitante actualidad del argumento ha hecho que de este libro, escrito pocos meses antes de la guerra, y cuando su autor no se la imaginaba, se agotaran sucesivamente varias ediciones.

Piazza, ya era ventajosamente conocido como corresponsal de la «Tribuna», el autorizado diario romano, en representación del cual también sigue actualmente al ejército de ocupación, y su rápido viaje por Tunez y Trípoli está narrado con brillante estilo y riqueza de informaciones.

Sobre todo, carece el libro de desplantes patrioteros y otras líricas. Concreta rápidamente infinidad de hechos, y entre observaciones, consejos, críticas y elogios, traza con mano segura la situación política, económica, social y militar del país que ha visitado, colaborando así muy válidamente al perfecto conocimiento de la tierra que sus compatriotas habían de conquistar. En suma, un libro práctico, útil y verdaderamente bueno.

«La Tripolitania», por Domenico Tumiati.

Otro libro escrito pocos meses antes de la guerra, también por un joven ventajosamente conocido en las letras italianas. Su última producción teatral, «La Giovine Italia», obra de remembranzas patrióticas, despertó verdadero entusiasmo. Este libro es, sin embargo, menos útil al lector positivista, por cuanto está más saturado de poesía y anécdotas. Con todo, es de grande potencia descrip-

tiva, y como relación de usos y costumbres, es en verdad un trabajo interesante.

"Madonne Fiorentine", por Mario Ferrigni.

No puede menos de interesar á quien de estas cosas se ocupa, un trabajo como éste, tan concienzudo y minucioso. Una historia completa y detallada de todos los cuadros clásicos existentes en Italia, obra de florentinos que representan á la Virgen, y decir florentinos equivale á decir la casi totalidad. El libro, en el que superabundan las magníficas ilustraciones, es una verdadera joya artística y un inagotable archivo de consulta para pintores é historiadores. Historia de arte é historia de artistas, merece todo nuestro aplauso.

"La Vita Nuova", de Dante Alighieri.

Por fin esta admirable prosa dantesca ha tenido la edición que se merecía gracias á la liberalidad del benemérito editor Hoepli, de Milán. Con los comentarios del eminente Scherillo, y con ilustraciones de Rossetti, Induno, Rieder y otros; más no puede pedirse. Con esta colaboración se puede saborear á fondo esta prosa divina y mil veces recorrerla y mil veces releyéndola, se encontrarán siempre en ella nuevas é inagotables fuentes de reflexión y de estudio.

"La Pittura e la Miniatura nella Lombardia, dai piú antichi monumenti alla metá del Quattrocento", por Pietro Toesca.

El desmesurado amor á lo clásico que nutre al editor Hoepli, le ha hecho embarcarse en esta otra aventura financieramente desastrosa, pero tan fecunda para el desarrollo del arte.

Pero Hoepli es rico y puede permitirse esos lujos. Otra completa relación de la pintura y miniatura lombarda de cerca de catorce siglos es sin duda alguna una inestimable contribución al arte. Más de quinientas magníficas ilustraciones hacen desfilar ante nuestros ojos las maravillas artísticas antiguas, que podríamos contemplar meses enteros sin cansancio. Obra de concepto severo, de noble propósito, llena cumplidamente su necesario rol de manantial ininterrumpido de enseñanza y de clasicismo.

FRANCISCO ALBASIO.

NOTAS Y COMENTARIOS

Dickens

El 7 del corriente los países sajones han festejado el centenario de Carlos Dickens, y el mundo civilizado los ha acompañado en la glorificación del admirable novelista. Dejemos constancia de que la prensa argentina ha estado á la altura del homenaje, consagrando á la obra del inmortal creador del inmortal señor Pickwick, elocuentes y sentidas columnas. No podía ser de otro modo, puesto que aquí somos muchos quienes amamos «al buen Dickens», y muchos han sido quienes lo han amado, como lo comprueba la influencia que él ha tenido con su sano humorismo, sobre algunos de nuestros más simpáticos escritores de las generaciones pasadas.

A Dickens no se puede sino amarlo. Otros escritores tienen admiradores, él tiene apasionados. Como Cervantes, llegó á tocar el corazón humano por el recurso más sencillo y supremo: su franco dominio de la fuente de la risa y de las lágrimas. Conquistó así el alma de los pequeños, á la par deleitándolos y enterneciéndolos — volviéndolos buenos por tanto — y se aseguró para siempre la gratitud y el respeto de los hombres. Nadie le ha superado en la conmovida pintura de los niños, ni ha volcado más abundosos raudales de simpatía en la evocación del dolor de los humildes: inclinémonos ante su gran corazón y levantemos sobre nuestras cabezas su obra, que tan múltiple labor de creación representa en las letras del siglo XIX.

Río Branco

Asociamos nuestra voz al coro unánime con que la prensa argentina ha rendido su homenaje de admiración y

respeto ante la tumba recién abierta del ilustre canciller brasileño, barón de Rio Branco.

Talvez Rio Branco no fué amigo de la Argentina, talvez no debía serlo. Su nombre, sin embargo, tiene para nosotros un más alto significado: es el de un hombre de superior talento que consagró todas sus energías á la obra nobilísima de alcanzar la hegemonía de su patria en América. Impone respeto como todos los infatigables hacedores de estados, clarividentes inteligencias y rectilíneas voluntades, que son estímulo de acción benéfica aun para sus adversarios y ejemplos para la posteridad.

La gloria de Rio Branco es la de haber labrado una gran parte de la grandeza territorial del Brasil, preparándolo á la vez para la anhelada conquista de la supremacia sobre las repúblicas latinas hermanas.

Fuimos vencidos legítimamente por él en el pleito territorial de Misiones. ¡Así nos hubiese servido de lección la derrota, al mostrarnos, en la confrontación de ambos alegatos, lo que vale la vasta y profunda ilustración, adquirida tesoneramente con los años, el método y el esfuerzo, contra la improvisación y la charlatanería! Rio Branco fué el continuador dignísimo de una diplomacia tradicionalmente seria y competente; se había formado en la buena escuela y desde la infancia había sido preparado por su ilustre padre para la futura grande tarea: ¡cuan por debajo está de esos ejemplos la diplomacia argentina, por regla general secularmente inepta, siempre burlada en todos los campos! Y, por desgracia, esta opinión no es caprichosamente nuestra: es un convencimiento de la gran mayoría de los estudiosos que desapasionadamente han estudiado estas cosas.

Quizás no se equivoquen quienes creen que con la muerte de Rio Branco se desvanece para el Brasil un bello sueño de imperialismo; quizás sea lo más sincero en este instante, después de rendido el debido homenaje á la memoria del extinto, lanzar un suspiro de alivio: ello significa que en el determinismo histórico los hombres representativos son algo más que una vana apariencia, juguetes de las cosas; que son factores eficientes, poderosas fuerzas que en la balanza de los acontecimientos pueden hacer bajar el platillo en que ellos han arrojado su cultura, su genio ó su voluntad.

Un nuevo libro de Rodó

Muy pronto las letras americanas se enriquecerán con una nueva obra valiosa. Se trata de *El Mirador de Próspero*,

el anunciado y esperado libro de José Enrique Rodó. Los editores Serrano y Cía., ya tienen en su poder los originales, de suerte que en el mes de Abril, la obra estará ya probablemente en circulación.

En un próximo número daremos á conocer algún capítulo del nuevo libro, notable primicia con que el ilustre escritor uruguayo ha prometido honrarnos.

Sobre "La canción de un hombre que pasa".

Nuestro distinguido colaborador Ernesto Mario Barreda, celebrado autor de *La canción de un hombre que pasa*, que últimamente editara NOSOTROS, ha recibido del doctor Max Nordau y del poeta Salvador Rueda, los siguientes juicios epistolares sobre su libro, que complacidos transcribimos en atención á la alta significación literaria de quienes los suscriben:

París, le 7 Janvier, 1912.

Mon cher poète: — Merci de votre «Canción de un hombre que pasa». Ce nouveau recueil est à la hauteur de ses ainès.

J'y retrouve votre forme impeccable que j'apprécie particulièrement en ce temps de «sabotage» universel, votre vif sentiment de la nature, votre profonde conception de la vie et cette petite note locale, argentine, qui donne un charme particulier à votre chanson. Je vous félicite de cette nouvelle manifestation de votre beau talent, vous souhaite tous les succès et vous prie de me croire votre bien dévoué.

DR. M. NORDAU.

Madrid, 5 de Octubre de 1911.

Mi querido amigo Mario Barreda. Gracias infinitas por su libro, que he leído de *un tirón*. Para que yo pueda hacer eso, se necesita que el poeta sea de veras poeta. Veo en Vd. más definida su personalidad, y le veo *siempre usted mismo*, humano, real, sincero, ¡todo un artista! Lástima de ese pícaro alejandrino francés, tan propio para... Francia. Pero el fondo del alma de Vd. es ¡cosa rara!, original. Reciba mi sincero parabien, y gracias otra vez por el alto presente. Su amigo *Salvador*.

Nueva orientación en las escuelas normales.

Los diarios han anunciado lacónicamente que se están estudiando por el presidente del Consejo Nacional de Edu-

cación y los señores Bavio, Grafigna, Herrera y Torres las reformas al plan de estudios de las escuelas normales.

Parece que predomina en los nombrados la idea de formar en los institutos normales sobre todo maestros, evitando el enciclopedismo que conduce á la petulancia pedagógica.

Esa sería ciertamente una muy plausible reforma, pues acaso diese término á ese huero ensoberbecimiento pseudocientífico que para desgracia nuestra está poseyendo aquí y fuera de aquí á tantos y tantos maestros, terribles improvisados psicólogos, sociólogos y otras yerbas.

Voces de aliento:

...«En el tiempo que venga, llegado el momento de la justicia distributiva, ha de dársenos un sitio á «nosotros», á los Podestá y á los dramaturgos y escritores nacionales, imperfectos, defectuosos, pero que hemos hecho algo, á despecho de esos petulantes «Nosotros», que nunca han sido ni seán nada ni nadie». *(Javier de Viana,* «Crónica»).

Libros recibidos últimamente:

Clásicos castellanos. — Ediciones de «La Lectura». Madrid, 1911. Cervantes: *Don Quijote de la Mancha,* I y II. Edición y Notas de Francisco Rodríguez Marín, de la R. A. E.

Historia de los Charrúas y demás tribus indígenas del Uruguay, por Orestes Araujo. Primera parte. José María Serrano, editor. Montevideo, 1911.

Ariel, por José Enrique Rodó. 9ª edición. José María Serrano, editor. Montevideo, 1911.

Obras completas de Shakespeare, traducidas por Jacinto Benavente. Edición de «La Lectura». Madrid. I. *El Rey Lear.*

El poema interior, por Camilo de Cousandier. Buenos Aires. Biblioteca «América», 1911.

La primer etapa, por Enrique de Mouliá. Buenos Aires, 1912.

Los grandes pintores. H. y J. Van Eyck. Velázquez. Ticiano. Casa editorial Hispano Americana. París.

Lírica, por María Concepción Flores. Buenos Aires, 1911.

De ellos nos ocuparemos en el próximo número.

NOSOTROS.